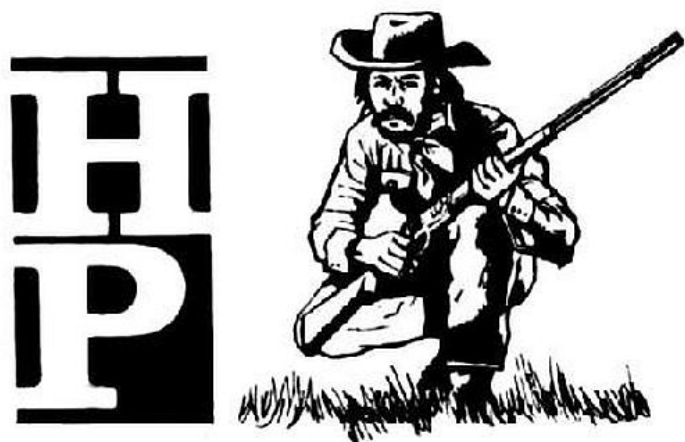


¡Esta mujer es mía!

Keith Luger



HEROES DE LA PRADERA





Keith Luger

¡ESTA MUJER ES MIA!

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 464
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 29989-1978

Impreso en España -Printed in Spain

2ª edición: noviembre, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

La diligencia subió la empinada cuesta entre los restallidos del látigo y las maldiciones del mayoral. Luego descendió por entre una nube de polvo rojo.

Un perro que dormitaba junto a una casa de adobe se enderezó rápidamente y se puso a seguir a los caballos soltando fuertes ladridos.

Y otros perros siguieron al primero.

El mayoral lanzó una fuerte risotada y jugó con su largo látigo a apartar a los perros del lado de los caballos.

Alcanzó a uno de ellos con la punta de cuero y el can pegó un gran salto en el aire y se revolcó en el polvo entre aullidos, mostrando al aire, sus intestinos.

El mayoral rió su triunfo con ojos brillantes resbalándole el sudor por la cara llena de polvo.

Los caballos, azuzados por la jauría, habían emprendido una furiosa galopada y la diligencia saltaba por entre los baches con chirriar de sus ejes y bamboleo de todo su armazón.

Los perros fueron quedando atrás.

Finalmente, el mayoral tiró de las riendas frente a una casa de adobe sobre cuya fachada se podía leer en un letrero: «Almacén de Sammy».

La diligencia se detuvo y entonces el mayoral gritó volviendo la cabeza hacia las ventanillas.

—¡Ha llegado a su paraíso, señorita Hadden!

Se abrió la puerta del carruaje descendiendo una joven que tosía.

Llevándose la mano a la garganta, miró al mayoral, el cual estaba sonriendo.

—Echará de menos nuestro cajón, señorita Hadden, aunque, sinceramente, desearía equivocarme.

—Gracias —dijo la joven.

El hombre que se sentaba junto al mayoral, trepó a lo alto de la diligencia y alcanzó una valija que alargó a la señorita Hadden desde arriba.

La joven miró hacia las ventanillas donde asomaba la cabeza de un viajero.

—Fue usted muy amable, señor Grayson.

Grayson, un tipo con ancho bigote, sonrió.

—Deseo que su boda sea un éxito, señorita Hadden.

El mayoral hizo restallar el látigo por encima de los caballos.

—¡A Yucca, muchachos!

El tronco reemprendió la carrera y poco después la diligencia desapareció entre una nube de polvo por detrás de una colina.

Durante un rato se oyó a lo lejos el galope, los crujidos de los ejes y el ruido que armaba el vehículo en su avance pero luego todo se fue apagando y reinó un silencio.

Nancy Hadden había cumplido dos meses antes los veinte años de edad. Era muy esbelta y en su cuerpo se habían dado cita todas las armonías, porque su cabello era negro, lo mismo que los ojos, y el color de su piel era blanco, de un blanco lechoso; y sus labios eran rojos, sensuales, y el seno era prieto y firme.

Se había quedado quieta con los ojos fijos con el lugar por donde había desaparecido la diligencia. Ahora se sintió un poco turbada.

Dio media vuelta y miró hacia el poblado. A primera vista parecía desierto pero allá descubrió algunos indios junto a las casas donde se proyectaba un poco de sombra, sentados en el suelo, apoyada la espalda en los muros de adobe, inclinadas las barbillas sobre el pecho, dormitando.

Sus ojos continuaron observando en su derredor hasta que quedaron fijos de nuevo en el almacén de Sammy. Allá había tres hombres y también estaban sentados junto al muro pero ninguno de ellos era indio, aunque también parecían dormir.

Los tres se cubrían con ropas sucias y sudadas y sus barbas estaban muy crecidas.

De pronto Nancy se dio cuenta de que uno de ellos no tenía los ojos cerrados sino que los mantenía fijos en ella.

Nancy apartó rápidamente la mirada echando a andar hacia la puerta del almacén mientras apretaba fuertemente el asa de la valija.

Al penetrar en el local sintió una oleada de reconfortante frescura.

En el mostrador no había nadie.

—Buenos días —dijo en voz alta.

Se oyó un ruido en la trastienda y a poco apareció un viejo de unos sesenta años de cara alargada y ojos pequeños, ratoniles, que observaron atentamente a la joven.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Es usted Sammy?

—Sí —sonrió el viejo—. No hay otro que se le haya ocurrido montar un negocio en este infierno, de modo que si busca a Sammy, el almacenista, soy yo.

—Celebro conocerle.

Sammy se rascó la pelambrera.

—Y yo también me alegro de conocerla aunque no sé todavía quién es.

—Nancy Hadden.

Sammy se pellizcó la barbilla mientras sus ojos se entrecerraban.

—¿Nancy… Hadden?… Perdone, señorita Hadden pero… —De pronto pareció como si un rayo de luz se hiciese en su cerebro—. ¡Por vida de cien mil lagartos! Usted… es… la prometida de Sherman
O’Brien.

—Sí, Sammy.

El almacenista observó atentamente a la joven y de pronto se echó a reír estruendosamente.

Nancy sintió que sus mejillas se encendían.

Sammy se apoyó en el mostrador para no caer.

—Siempre dije que Sherman
O’Brien
era un tipo con más suerte que una serpiente de cascabel adulta —se dio cuenta de que Nancy no participaba de su jolgorio e interrumpió su risa—. Perdone, señorita Hadden, pero me hizo mucha gracia eso de que a Sherman se le ocurriese poner un anuncio en un diario del Este solicitando una esposa.

La joven levantó altivamente la barbilla.

—En Saint Louis todos los días se publican anuncios de esa clase, Sammy.

—Sí, estoy seguro de ello, señorita Hadden, y antes que Sherman lo han hecho otros… A mí nunca se me ocurrió, pero tuve un amigo, un cazador de caballos salvajes, que hizo lo mismo que Sherman. Puso un anuncio en «El Centinela» de Kansas City. ¿Cuántas respuestas se cree que recibió?

—¿Cuántas?

—Cinco —respondió Sammy levantando su mano derecha—. Cinco nada menos y mi amigo tuvo que elegir.

Rompió a reír de nuevo mientras se secaba con un pañuelo las lágrimas.

—Mi amigo se decidió al fin por la que le escribía con más miel. Tenía que haber visto su cara cuando la dama de sus sueños se presentó en el poblado. Sólo le diré una cosa, señorita Hadden. Aquella buena señora pesaba sus ciento veinte kilos. Mi pobre amigo desapareció sin dejar rastro y el panal de miel hubo de regresar a su corral.

—Yo peso sesenta y cinco kilos, Sammy.

—Sí, y yo diría que los tiene usted muy bien distribuidos. —Sammy carraspeó—, si es que me permite decirlo.

La muchacha volvió a enrojecer.

Sammy tosió suavemente diciendo:

—Por eso me he referido antes a la suerte de Sherman O'Brien —frunció el ceño—. ¿Cómo se le ha ocurrido cambiar Saint Louis por esto, señorita Hadden?… No me conteste, ya me lo imagino. Ese bribón de Sherman la engañó a usted. Le hablaría de Cap Shaw como de un lugar maravilloso, con colinas llenas de verdor, ríos de aguas alegres, zonas llenas de árboles.

—Se equivoca, Sammy… El señor O'Brien me dio una buena descripción de este lugar y con ello quiero decir que fue bastante exacto.

—Ya. Entonces, usted está enamorada de Sherman.

Sammy arrugó otra vez el entrecejo.

La joven se pasó la punta de la rosada lengua por los labios.

—No conozco al señor O’Brien.

Sammy meneó la cabeza.

—¿Tampoco le hizo una descripción suya en alguna de las cartas?

—No.

Se produjo una larga pausa.

—Usted, señorita Hadden, ¿se describió a sí misma? Ya sabe, quiero decir si Sherman conoce que usted es como es.

—No, Sammy. Me imagino que el señor O’Brien tampoco tiene la menor idea de cómo soy yo. Me pidió que le hiciese una descripción pero yo no se la hice.

Sammy dio unos pasos por detrás del mostrador mientras emitía una risita. Finalmente se detuvo mirando otra vez a la joven.

—¿Por qué no ha salido él a esperarla? ¿O es que ha querido darle una sorpresa?

—Llegamos a San Joaquín con dos horas de adelanto y el mayoral de la diligencia no se demoró un solo minuto en continuar el camino.

—De modo que Sherman sabe que usted viene pero no llegará aquí hasta dentro de un rato.

—Así es, Sammy.

—Bueno, creo que va a ser emocionante ese encuentro de ustedes dos. No me lo perdería por nada del mundo. —Sammy sonrió—. Le voy a traer una silla, señorita Hadden.

—No se moleste, Sammy. He estado metida cinco días en la diligencia y, francamente, necesito pasear un poco. ¿Me permite que deje aquí la valija?

—Naturalmente, señorita Hadden.

—Gracias.

La joven observó la cara del viejo y finalmente dio media vuelta y salió del almacén.

Miró hacia las casas del poblado indio y decidió ir por allí.

Caminó despaciosamente.

Un perro empezó a ladrarle pero de pronto uno de los indios que parecían dormir le arrojó una piedra y el can emprendió la huida soltando aullidos.

Nancy descubrió unas colinas a la izquierda y avanzó por detrás de las casas hasta detenerse en un montículo. No se veía el menor vestigio de vegetación. Todo eran rocas peladas y manchones rojos, blancos y amarillos. Y ella pensó de pronto que el infierno estaría lleno de paisajes así.

El polvo impregnaba la atmósfera y entonces se dio cuenta de que ella debía estar cubierta de aquel polvo. Se observó el vestido y empezó a golpearlo con las palmas de las manos.

De pronto oyó una voz a su espalda.

—Yo te podría ayudar, nena.

Giró sobresaltada, descubriendo apoyado en la esquina de la casa a aquel hombre que la había estado mirando desde el almacén de Sammy, cuando ella descendió de la diligencia. Era un hombre alto y su cabello rojizo y sus ojos verdosos, muy brillantes. El sudor le caía por la frente resbalando por entre la crecida barba.

—Bueno —dijo él soltando una risita—. Sé que no tengo muy buen aspecto pero te diré cómo me llaman y tú sacarás las conclusiones. Soy Johnny «El Limpio» —lanzó una risotada—. Imagínate cómo serán los demás.

Nancy sintió un estremecimiento pensando en Sherman
O’Brien.

Pero no estaba en su ánimo hablar con un desconocido. Le dio nuevamente la espalda y continuó limpiándose el vestido.

Oyó detrás de ella los pasos de Johnny «El Limpio».

—¿Sabes que eres un bombón, nena?

Se volvió otra vez hacia él.

—Por favor, quiero que me deje en paz.

El hombre se detuvo sonriendo midiéndola de pies a cabeza, deteniendo sus ojos en lo que Nancy Hadden tenía de más admirable.

—Sí, señor. Un auténtico bombón.

La joven fue a retirarse pero de pronto él tendió la mano y la atrapó por la muñeca.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

Nancy sintió miedo observando los ojos de aquel individuo.

—Será mejor que me suelte.

—Mejor, ¿para quién, ricura?

—Soy la prometida del señor

O'Brien.

La sonrisa de Johnny «El Limpio» se suavizó.

—¿Sherman
O'Brien?

—Sí.

—¿Y dices que te vas a casar con él?

—Eso es.

—Éstas mintiendo.

—Le he dicho la verdad. Le ruego que se esté quieto.

Los ojos de Johnny «El Limpio» se convirtieron en rendijas.

—Me estoy diciendo que va a resultar mucho más bonito de lo que yo había pensado.

—No sé a qué se refiere.

—Yo te lo diré, nena. Apenas te eché el ojo me dije que sería bueno eso de conocer a qué saben tus labios y ahora, de pronto, el asunto cobra más interés para mí porque tu boca es la de la novia de Sherman.

La enlazó por la cintura y Nancy lanzó un gritito.

—¡Déjeme!

—Vamos —rió Johnny «El Limpio»—. ¿Es que te vas a comportar ahora como una gata? Cuando estés a solas con tu novio me vas a echar de menos. Puedo jurártelo.

La joven forcejeó angustiosamente y dando un tirón fuerte logró desasirse de las manos que la atrapaban. Luego dio media vuelta y echó a correr pero lo hizo con tan mala fortuna que su pie tropezó contra una piedra y, lanzando un grito ahogado, se vino abajo.

En el suelo se revolvió asustada y vio a Johnny «El Limpio» a su lado con las piernas abiertas en compás y las manos a lo largo de sus costados. En su boca había una sonrisa de triunfo.

—¿Ves lo que te pasa por no ser complaciente con el bueno de Johnny? Después de todo, él sólo quiere darte un beso. Aunque como es lógico, está dispuesto a darte más.

—¡Es usted un bicho asqueroso!

Johnny «El Limpio» rió.

—Si yo soy eso, ¿qué vas a pensar cuando conozcas a Sherman
O'Brien?
—Movió la cabeza—. Sí, nena. Escuché todo lo que hablaste con Sammy, lo del anuncio de Sherman en el diario de Saint Louis y lo

de qué tú y él no os conocéis, todavía.

—¡Aléjese de mí!

—Ahora tienes una oportunidad de largarte de este lugar antes de que Sherman te eche la zarpa encima. ¿Lo oyes, nena?… Siempre he pensado que acabaría mis días en este pozo de basura pero ahora sería capaz de irme contigo al otro confín de la tierra… Contigo, ¿lo entiendes?

Empezó a agacharse sobre la joven y ésta encogió las piernas.

—¡No me toque con sus sucias manos!

Johnny arqueó los dedos.

—Sólo quiero ver si te has hecho daño en el tobillo, nena.

—Me encuentro perfectamente.

—Lo comprobaré.

De pronto llegó una voz por detrás de Johnny «El Limpio», una voz ronca.

—No la toques, Johnny.

Johnny «El Limpio» quedó instantáneamente inmóvil y Nancy vio como en su cara se reflejaba una mueca. Luego la voz de antes dijo:

—¿No te lo advirtió ella, Johnny? Esa mujer es mía… De Sherman
O'Brien…

CAPÍTULO II

Nancy miró hacia el lugar donde venía aquella voz y vio por vez primera a Sherman O'Brien.

Era un hombre de unos cuarenta años de edad, de estatura regular, muy robusto, de piernas gruesas, y fuertes brazos. El pecho era muy ancho y por entre la abertura de la camisa mostraba un matorral de vello. Su cabello era negro y ensortijado, los ojos azules y la cara muy ancha, de cejas espesas, nariz chata y hocico saliente. La barba crecida, de cuatro o cinco días, y la mandíbula cuadrada. Su mano derecha se apoyaba en el muro de adobe.

Y ahora Nancy comprobó que los ojos de él no la miraban a ella sino que estaban fijos en la figura de Johnny «El Limpio», acuclillado a sus pies.

Éste seguía inmóvil pero ahora su diestra se movía pulgada a pulgada hacia el revólver que gravitaba junto a su muslo.

Nancy se sintió sobrecogida.

Sherman O'Brien habló otra vez.

—Reza una oración antes de tocar el revólver, Johnny… ¡Rézala por tu alma!

Johnny «El Limpio» interrumpió el movimiento de su mano y alzó la cara respirando profundamente.

—¿Me estás apuntando con tu revólver, Sherman?

—No, todavía no.

Hubo una pausa.

La mano de Johnny «El Limpio» se movió otra vez hacia la culata.

Nancy vio como sus dientes se apretaban y cómo su respiración se hacía más agitada. Y también vio en los ojos de aquel hombre el odio que sentía contra Sherman.

Pero otra vez la mano que casi rozaba la culata detuvo su movimiento.

Ahora la joven miró a Sherman y lo vio igual, en la misma actitud, apoyado en el muro de adobe, con la mano izquierda colgando junto al costado.

Y entonces Nancy sintió un escalofrío porque llevaba el revólver en el lado derecho.

El hombre con quien ella se iba a casar soltó una risita.

—¿Qué te pasa, Johnny?

—No te puedo creer… Me estás apuntando con tu arma y en cuanto yo me vuelva, tú dispararás antes.

—Vuélvete entonces sin sacar el revólver.

Johnny «El Limpio» se puso en pie lentamente y luego empezó a girar. Sus manos se arquearon otra vez al ver que Sherman no esgrimía ningún arma.

—Me has engañado, Sherman.

—¿Yo, Johnny? ¿Te dije acaso que te estaba apuntando?

Johnny se mojó los labios.

—Crees que eres el más listo. Un día se acabará tu racha.

—¿Hoy, Johnny?

Johnny se tomó algunos segundos para contestar.

—No, Sherman. Hoy no.

Nancy se levantó poniéndose a un lado junto al muro de adobe. Desde allí podía ver a los dos hombres. Poco a poco el rostro de Sherman se estaba transfigurando. Primero sus ojos fueron adquiriendo un brillo cruel y luego su mano se apartó del muro lentamente, y quedo inmóvil junto a su pierna y por un momento no pareció una mano sino la zarpa de una fiera. Y luego la boca de aquel hombre se distendió mostrando unos dientes carniceros.

—¡Eres un maldito cobarde, Johnny!

El sol caía despiadadamente sobre los dos contrincantes y el sudor goteaba por las mejillas y el cuello de Johnny «El Limpio».

Sherman gritó:

—¿Qué te pasa, Johnny? ¡Te he llamado cobarde! ¿Lo oyes? ¡Cobarde! ¡Vamos, saca el revólver!

El brazo derecho de Johnny se estremeció levemente.

—No quiero batirme contigo, Sherman.

—¿No? —Sherman dio un paso hacia adelante con el cuerpo arqueado, los ojos fijos en el otro hombre—. No quiero batirme contigo… y hasta es posible que tú pienses que te voy a dejar marchar, ¿verdad, Johnny? Anda, dilo… ¡Piensas que te voy a dejar marchar!

—Creo que no hay motivo para que tú y yo peleemos.

—¿No hay motivo? —Sherman hizo una pausa y de pronto señaló con el dedo índice a la joven—. ¡Ella va a ser mi mujer y tú la has tocado, Johnny! ¡Has tocado a mi mujer antes que yo, que voy a ser su marido!

Sherman dio un segundo paso y luego otro.

Nancy sentía la garganta reseca. No quería dar crédito a lo que estaba sucediendo ante sus ojos pero al propio tiempo se daba cuenta de que aquello no era una pesadilla, de que efectivamente había allí dos hombres y uno de ellos era Sherman O'Brien.

—Voy a largarme, Sherman —dijo ahora Johnny.

—No, Johnny, todavía no te vas a largar. —O'Brien levantó los puños cerrados—. Antes te voy a marcar como a una res.

Se abalanzó sobre Johnny disparándole el puño cerrado en el estómago.

Johnny recibió el impacto y se arqueó con la boca abierta, tragando aire, y entonces Sherman le disparó la zurda al maxilar.

Johnny cayó en tierra dando una vuelta de campana.

Quedó de rodillas escupiendo saliva y sangre, los ojos muy abiertos.

—¡Maldito seas, Sherman!

O'Brien avanzó otra vez con los puños cerrados para continuar la pelea y de pronto Johnny lo embistió con la cabeza gacha.

O'Brien lanzó un grito al recibir el impacto en el vientre pero logró apresar con su mano el cuello de Johnny y los dos se derrumbaron en el polvo.

Nancy tenía la impresión de que la sangre se había helado en sus

venas. Quería decir algo para interrumpir aquella pelea, pero las palabras pugnaban por salir de su garganta.

Los dos hombres intercambiaron golpes en el suelo, puñetazos terribles, demoledores.

O’Brien quedó momentáneamente en interioridad porque Johnny estaba encima de él, pero de pronto proyectó la rodilla hacia arriba y su rival se derrumbó lanzando un grito de dolor.

Sherman gateó descargando un terrible trallazo en la cara de Johnny, quien otra vez se revolvió en el polvo rojo.

Luego los dos contrincantes se pusieron en pie vacilando, a punto de perder el equilibrio. Pero ahora valió de mucho la fortaleza de Sherman O’Brien. A pesar de su mayor peso, se movió más rápidamente que Johnny a quien cazó de nuevo en el estómago con un golpe de abajo arriba.

Johnny se puso lívido doblándose sobre el propio cuerpo de Sherman y ahora éste levantó la zurda y lo atrajo por el cuello de la camisa.

A partir de entonces Sherman empezó a golpear la cara de Johnny impidiendo que cayese porque lo estaba aferrando.

Finalmente, Sherman aunó sus energías en el brazo y descargó el puño entre los dos ojos de Johnny al tiempo que lo soltaba.

Johnny se fue contra el suelo pero aún allí, tendido de bruces, siguió moviéndose tratando de incorporarse. Entonces Sherman miró en su derredor y agarró una gruesa piedra. La levantó sobre su cabeza para dejarla caer sobre Johnny.

—¡No, señor O’Brien! —Oyó a su espalda la voz femenina—. ¡No haga eso!

Sherman quedó inmóvil. Poco a poco volvió la cabeza hacia la mujer que estaba junto al muro de adobe y vio su cara asustada y sus ojos de donde brotaban lágrimas. Permanecieron así un rato mirándose y luego O’Brien arrojó la piedra por encima de Johnny.

La cara de Johnny estaba desfigurada. La sangre le manaba de la ceja, del pómulo y de la boca y se mezclaba con el sudor.

—¡Escúchame, Johnny! —exclamó Sherman arrastrando las palabras—. Vas a seguir viviendo por ella, ¿lo entiendes? Por ella. Yo te habría matado, pero te voy a dar un consejo. Márchate de aquí… En Cap Shaw ya no hay sitio para ti.

Johnny no contestó a esto porque no tenía fuerzas para ello.

Sherman se agachó sobre él y quitándole el revólver de la funda lo lanzó muy lejos.

Luego se volvió echando a andar hacia donde estaba la joven. Se quedó quieto mirándola y sus labios empezaron a sonreír.

—Hola, Nancy.

La joven tragó saliva observándolo a su vez.

—¿Co… cómo está, señor
O'Brien?

—Mucho mejor mirándote a ti ahora.

—Siento que por mi culpa haya tenido que pelear con ese hombre.

—Ha sido un placer, nena, le lo aseguro. Un verdadero placer.

Los ojos de Sherman se movieron rápidos examinando a la joven.

De pronto se echó a reír.

—No lo podía imaginar… Palabra que no lo podía imaginar… Infiernos, eres la criatura más hermosa que yo he visto en toda mi vida.

La joven se pasó una mano por la frente apartando el cabello.

—La diligencia adelantó su horario.

—Sí, ya me lo explicó Sammy.

Hubo una pausa. Sherman seguía observando a la muchacha.

—¿Sabes lo que te digo, Nancy?

—¿El qué?

—Voy a ser el hombre más envidiable de Cap Shaw.

—Es usted muy amable.

—¿Qué es eso de usted, nena? —rió él—. Tienes que tutearme como yo a ti… Vamos a ser marido y mujer. Me vas a llamar Sherman, ¿lo entiendes?

—Sí, señor.

—Prueba de la otra forma.

La joven se humedeció los labios.

—Sí, Sherman.

—Sherman —repitió
O’Brien
—. Nunca había sabido hasta ahora lo bonito que es mi nombre… —Lanzó una grosera risotada.

—Me encuentro un poco cansada del viaje.

—Claro que sí, nena. Ahora mismo nos vamos a casa.

Sherman se acercó a ella y le alargó la mano. Ella titubeó unos instantes, pero finalmente le tendió la suya.

Sherman apretó suavemente los dedos de la joven y luego la atrajo hacia sí mirándola a los ojos.

—¿Sabes lo que te digo, nena? No va a hacer falta que dejemos transcurrir un mes… Hoy mismo enviaré un hombre a San Silvestre para que nos traiga al cura de allá… Eso es lo que voy a hacer. Dentro de un par de días nos casaremos.

—Preferiría que respetásemos las condiciones —dijo ella.

Sherman dejó de reír.

—¿Tú crees, Nancy?

—Usted… Tú aceptaste que yo permanecería un mes en tu rancho y que luego decidiríamos si debíamos casarnos.

—Sí, eso es cierto —rió otra vez Sherman—. De modo que, quieres que dejemos pasar cuatro semanas.

—Sí, Sherman.

—Muy bien, nena. No quiero contrariarte pero, sabes desde ahora que, por mí, puedes casarte cuándo quieras. Es lo que digo yo, ¿para qué vamos a desperdiciar el tiempo? —Rompió a reír otra vez.

La joven recuperó la libertad de su mano y sonriendo levemente dijo:

—¿Vamos ya, Sherman?

—Sí, Nancy.

Sherman dirigió su mirada a Johnny «El Limpio», que ahora estaba caído en el suelo agarrándose la cabeza con las manos. Otra vez lo apuntó con el dedo diciéndole con fiereza:

—Recuérdalo, Johnny… ¡Lárgate cuanto antes de Cap Shaw! ¡Nunca debiste tocar a la muchacha!… ¡Esta mujer es mía!

Nancy sintió un estremecimiento mientras caminaba al lado de aquel hombre.

CAPÍTULO III

Sherman
O'Brien
detuvo el carruaje frente a la casa.

—Ya hemos llegado, muchacha —dijo y alargó los brazos para ayudar a Nancy a descender.

Sherman la mantuvo unos instantes contra sí y fue ella quien tuvo que apartarse de él mirando en su derredor.

Los muros de las casas habían sido recientemente enjalbegados. Se llegaba a ella por una escalera de piedra de tres peldaños y arriba había un porche que estaba defendido de los rayos del sol por una techumbre de tejas.

Frente a la casa había un abrevadero y el agua llegaba a él a través de un canal que comunicaba con un gran aljibe de madera que gravitaba sobre una torreta metálica. A su vez, el aljibe se llenaba por otro canal que se perdía a unas veinte yardas por la colina de color marrón que había al fondo.

A la derecha de la torreta se veía un amplio recinto formado por estacas en donde descansaba un gran rebaño.

Tres hombres se apartaron de la valla y se acercaron lentamente mirando a la joven que acompañaba a Sherman.

Ella también los miró con curiosidad. Su aspecto no era mejor que el de Johnny «El Limpio». El del centro era el más alto de los tres y sus sienes eran hundidas y los pómulos salientes. Un mechón de cabello rubio le caía por la frente. Tenía el sombrero echado hacia adelante, pero ahora le pegó un papirotazo haciéndolo resbalar por la nuca.

Los tres hombres se detuvieron muy cerca de Sherman y de Nancy.

Sherman rió diciendo:

—Ese del centro es Ferd Nolan, mi hermanastro, un tipo tratable cuando no le da por beber. El de las piernas en paréntesis es *Baby* Saxon, y el de la cicatriz en la mejilla Joshua Kuen.

—Celebro conocerlos —murmuró Nancy.

Ninguno de los tres hombres dijo nada pero sus ojos siguieron observando a la muchacha.

—¿Qué os pasa? —rezongó Sherman—. ¿Es que no habéis visto nunca una mujer? Vamos, quitaros el sombrero y darle la bienvenida.

Baby y Joshua se quitaron el sombrero pero no así Ferd Nolan.

—¿Es que no me has oído, Ferd? —exclamó Sherman y de pronto desfundó el revólver e hizo un disparo.

El sombrero de Nolan voló por el aire.

Nancy dio un respingo sobresaltada.

Ferd Nolan desvió los ojos rápidamente hacia Sherman y separó los labios mostrando los dientes muy apretados.

—No has debido hacer eso, Sherman.

—Pero lo he hecho.

—Sí, Sherman.

—Saluda a Nancy.

Nolan titubeó unos instantes pero finalmente depositó la mirada en el rostro de la joven.

—Bien venida a «Los Álamos», Nancy.

—Gracias, Ferd.

Sherman rió otra vez mientras guardaba el revólver en la funda.

—Vamos, nena. Te enseñaré la casa.

La joven hizo un gesto afirmativo y dio media vuelta encaminándose hacia el porche.

Sherman se acercó al carruaje y agarró la valija de la muchacha. Fue a seguirla pero volvió la cabeza observando que los tres hombres estaban atentos al suave balanceo de las caderas de Nancy.

—¿No tienes nada que hacer?

Fue Ferd Nolan quien respondió:

—Ya terminamos de recoger las reses extraviadas.

—Bien; yo os daré más trabajo.

—Los chicos están cansados —contestó Ferd—. Seis de ellos no han parado desde hace dos días y se han ido a la cama.

—¿A la cama a las once de la mañana?… ¡Malditos sean!… ¡Vete y recuérdales quién es el que les da de comer! —Sherman hizo una mueca feroz.

—Sí, Sherman. Vamos, muchachos.

Ferd miró hacia el porche y vio que la joven se había detenido arriba y estaba mirando en aquella dirección.

Echó a andar seguido de *Baby* y Joshua hacia la parte trasera de la casa.

Sherman se echó a reír mientras subían al porche.

—Este hermano mío es un tipo capaz de sacar de quicio a cualquiera pero yo sé cómo tratarlo.

La joven no hizo ningún comentario y él abrió la puerta de la casa.

—¡Luis! —gritó.

Por una puerta que comunicaba con el amplio y fresco vestíbulo apareció corriendo un indio, el cual se detuvo en seco. Era muy bajo de estatura, rechoncho, casi redondo, de ojos muy oblicuos y piel cetrina.

Se quedó perplejo mirando a la joven y de pronto Sherman le arrojó la valija al aire.

—Cázala, muchacho.

La maleta golpeó contra el pecho del indio, quien la sujetó a duras penas porque estuvo a punto de caer.

—Va a ser tu ama, Luis —le anunció Sherman.

El indio sonrió.

—Que Dios y la Virgen la bendigan, señorita.

—Anda, muchacho —dijo Sherman—. Lleva a la señorita a su habitación… ¿Le has preparado el baño?

—Sí, señor, he calentado un gran balde de agua.

Luis echó a andar rápidamente y Nancy iba a ir detrás de él pero Sherman alargó el brazo agarrándola por la muñeca.

Nancy sintió un nuevo escalofrío mientras se volvía.

—Todavía no te he dado yo la bienvenida. Quiero decir, la que tú te mereces.

Nancy pensó que ahora aquel hombre la iba a besar pero de pronto Sherman metió la mano en el bolsillo superior de la camisa y sacó una pequeña caja de cartón, la cual abrió con sus gruesos dedos.

Alargó la caja mostrando su contenido. Nancy vio un anillo de pedida en el que refulgía un pequeño brillante.

—Es muy bonito —dijo.

—Vamos, agárralo. Es tuyo —repuso Sherman casi con acritud.

—No sé si debo aceptarlo ahora.

—¿Qué importa ahora o dentro de un mes?… Es bueno, ¿sabes? Yo mismo me llegué a San Silvestre a comprarlo cuando me dijiste que vendrías. Pagué ciento cincuenta dólares a ese viejo usurero de Dick Durante. Ya sé que no valdrá más de noventa dólares pero era el más caro que tenía.

Nancy agarró la cajita de cartón entre sus dedos. Sus ojos seguían mirando el anillo mientras decía:

—Gracias, Sherman.

O'Brien
se apretó el puente de la nariz.

—Te gusta, ¿eh?

—Sí, desde luego.

—Me lo imaginaba, muchacha —rió Sherman—. Soy un tipo que conoce bien a las mujeres y sé que os entusiasmáis por eso de las joyas. Bueno, anda y ve a quitarte el polvo de la piel porque supongo que no querrás mi ayuda. —Sherman lanzó una risotada.

—No, Sherman —dijo ella levantando ligeramente la barbilla—. Me basto yo.

Una hora más tarde Nancy se había vestido con nuevas ropas después de su baño.

Su habitación era confortable y amplia. Evidentemente Sherman había adquirido recientemente la cama, el tocador, los dos sillones e incluso los visillos que había en las ventanas.

Se acercó a una de éstas desde la que se podía observar un costado de la casa.

De pronto descubrió a Joshua que estaba hablando con media docena de hombres. Todos tenían la vestimenta manchada de sudor y de polvo. Joshua les estaba contando algo y ahora Nancy no pudo reprimir una sonrisa al ver que el *cowboy* trazaba unas curvas en el aire con las dos manos.

Se retiró de la ventana rápidamente antes de que la descubriesen.

De pronto llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—El patrón me envía para decirle que es la hora de la comida.

—Gracias, Luis. Ahora mismo voy.

Cuando llegó al comedor vio sentados a la mesa a los dos hermanastros.

Sherman se levantó observando el bello rostro femenino.

—Diablos, ahora estás más bonita que antes. Siempre he dicho que el agua es muy buena —volvió la cabeza hacía Ferd que continuaba sentado en la silla—. ¿Lo has oído, muchacho?

—Sí, pero a ti se te olvida con alguna frecuencia.

Sherman sonrió aviesamente.

—¿Qué haces ahí sentado? ¿No sabes que uno ha de levantarse cuando en la habitación entra una dama?

—Déjalo, Sherman —dijo Nancy.

—No —exclamó
O'Brien
—. Vamos, muchacho. Levántate.

Ferd se puso en pie como si le costase mucho trabajo hacerlo. Luego Sherman avanzó sobre Nancy y, tomándola de la mano, la condujo a la cabecera de la mesa, corriéndole la silla para sentarse. Finalmente, él fue al otro extremo y también ocupó la silla. Sólo Ferd había quedado en pie y ahora dijo con sorna:

—¿Puedo sentarme ya?

—Claro que puedes —respondió Sherman haciendo una mueca.

Luego agarró una campanilla que había sobre la mesa y la agitó en el aire.

Luis apareció con una fuente en la que había carne asada y patatas.

Primero se sirvió Nancy, luego Sherman y finalmente Ferd.

Los tres empezaron a comer en silencio. De vez en cuando Sherman levantaba la mirada observando a la joven y entonces sus labios sonreían.

Nancy se pudo dar cuenta de que ninguno de los dos hermanastros estaba habituado al cuchillo y al tenedor. En una ocasión, Sherman cometió un fallo y un trozo de carne salió despedido del plato. Sin perder la serenidad, alargó el brazo y atrapándolo con la mano se lo llevó a la boca.

—¿Lo ves, Ferd? —dijo—. Esto es lo que nunca debes hacer. —

Lanzó una carcajada riendo su propio chiste.

Al cabo de un rato, Ferd anunció:

—Se ha recibido carta de ese ingeniero de Phoenix.

—¿Cuándo?

—La trajo Jimmy después de haberte ido a recibir a… —hizo una pausa mirando a la joven— tu futura esposa.

Metió la mano en el bolsillo superior de la camisa y sacó un sobre que alargó a Sherman, el cual lo alcanzó de un manotazo. Leyó para sí la carta y luego la volvió a meter en el sobre mirando a la joven.

—¿Buenas noticias? —preguntó ésta.

—Sí, Nancy. Muy buenas. Pasado mañana llegará al rancho un ingeniero de Phoenix.

—¿A qué viene?

—Me he propuesto convertir «Los Álamos» en el mejor rancho de toda Arizona. Vas a tener un marido muy ambicioso, ¿sabes?

La joven bajó la mirada al plato y en esa posición oyó proseguir a Sherman.

—Ese ingeniero me construirá una presa sobre el río San Joaquín. Ello permitirá traer agua a través de unos canales a todas las tierras que hay al Oeste del rancho. Allí hay miles de acres de tierras que hoy es reseca y que en muy poco tiempo darán su fruto. Entonces «Los Álamos» se podrá comparar con la mejor hacienda de Texas.

—¿Por qué no le cuentas también lo grande que eres, Sherman? —murmuró Ferd.

—Cállate tú.

—Estoy seguro de que a Nancy le gustará mucho oír tus aventuras por Río Grande —sonrió Nolan.

—¡He dicho que cierres la boca!

—Sí, Sherman.

O’Brien

miró otra vez a Nancy.

—Tienes que perdonar a Ferd. A veces resulta un poco impulsivo.

Nancy no tenía nada que decir y guardó silencio.

Cuando terminaron de comer, Ferd se levantó.

—Voy a dar una vuelta por ahí.

Cuando hubo salido por la puerta, Sherman se puso en pie acercándose a la joven.

—Quizá te interese conocer la hacienda de la cual vas a ser la dueña.

—Sí, Sherman, pero preferiría dejarlo para mañana —la joven sonrió—. Creo que ahora me vendría mucho mejor un sueño.

—Sí, nena. Tienes razón y he sido muy torpe al no comprenderlo.

Nancy se puso en pie. Temió que él le interrumpiese el paso pero no fue así.

—¡Nancy! —llamó Sherman cuando ya tenía la mano en el tirador.

La muchacha giró la cabeza.

O’Brien la observó durante un rato. Finalmente dijo:

—¿Por qué contestaste a mi anuncio?

—Perdona, Sherman, pero no quisiera hablar sobre cosas tristes.

Seguidamente la joven salió de la estancia y Sherman se quedó mirando la puerta cerrada mientras entre sus dos cejas aparecía un fruncimiento.

CAPÍTULO IV

Nancy Hadden cabalgaba sobre un potro de color canela.

El día anterior había recorrido con Sherman el rancho. Ella no había podido imaginar que «Los Álamos» fuese tan grande aunque, la mayor parte de aquel inmenso territorio era tierra improductiva, pero de acuerdo con lo que le había explicado O'Brien, una vez se construyese la presa sobre el río San Joaquín, «Los Álamos» se podría convertir en un vergel.

Aquella mañana se había levantado muy temprano. Luis le había dicho que Sherman se encontraba en los establos examinando una yegua que aquella noche había traído al mundo un potrillo.

Nancy se había dado mucha prisa en abandonar la casa. Joshua le había preparado el caballo y ahora avanzaba al trote en dirección oeste, alejándose cada vez más de la casa.

Dejó atrás unas colinas y se internó por una cañada. Finalmente vio un farallón que arrojaba una plácida sombra y se detuvo saltando de la silla.

Se sentó en el suelo apoyando la espalda en la pared y se entregó a profundos pensamientos.

Cuando contestó a aquel anuncio del «Clarín de Saint Louis», sabía que se arriesgaba mucho porque desconocía en absoluto quién pudiera ser aquel hombre, Sherman O'Brien. Pero ahora ya lo conocía. ¿Cuál de las dos situaciones era la peor? ¿Aquélla en que se encontraba en Saint Louis o esta de ahora?

No pudo contestar a aquella pregunta porque en aquel instante oyó un extraño sonido, algo que parecía un cascabeleo. Giró la cabeza a la izquierda y se quedó sobrecogida al descubrir una

serpiente a menos de una yarda de ella.

El ofidio había erguido ya su cabeza y abría las fauces mostrando sus dos dientes puntiagudos y el estilete de su lengua moviéndose con mucha rapidez.

La joven quedó paralizada, fijos los ojos en aquella horrible cabeza, que de un segundo a otro se abalanzaría sobre ella.

Se mordió el labio inferior con fuerza y sus manos se crisparon sobre la tierra.

Una voz interior le dijo que debía de levantarse y echar a correr, pero sus piernas y sus brazos se negaron a obedecer.

De pronto sonó un estampido y, asombrada, vio cómo la cabeza de la serpiente de cascabel reventaba y luego toda ella se retorcía en los últimos espasmos de la muerte.

Nancy ya no vio más y se desmayó.

Volvió en sí sintiendo una caricia fresca en su frente y en las sienes. Abrió los ojos descubriendo que estaba tendida en el suelo. Por encima vio la cara de un hombre que le sonreía.

—¿Se encuentra mejor, señorita?

Nancy parpadeó.

Era un hombre muy distinto a todos los que había visto desde su llegada a Cap Shaw. Podría tener unos veintisiete o veintiocho años de edad y era moreno, de cabello negro, ojos castaños, rostro de facciones regulares, aunque existiese cierta dureza en su boca, en la forma en que se contraían las comisuras de los labios.

—Beba un trago de agua —oyó que le decía—. Le vendrá bien.

El desconocido le pasó una mano por la espalda levantándola ligeramente. Con la otra mano sostenía una cantimplora cuya embocadura puso en los labios femeninos.

Nancy bebió un trago y luego miró a los ojos del hombre.

—Gracias por lo que ha hecho.

—No tuvo importancia. Mi nombre es Aldo Rosh. ¿Podría decirme si me hallo muy lejos del rancho «Los Álamos»?

—Está a unas dos millas de aquí, al este.

—Gracias. —Aldo Rosh hizo una pausa—. ¿Vive usted allí?

—Sí.

—¿Hija del dueño quizá?

Nancy se puso en pie tironeándose la falda.

—No.

—¿Esposa?

—Todavía no. Mi nombre es Nancy Hadden.

—Comprendo, usted se va a casar con el señor
O'Brien.

—Sí.

—¿Me permite que la acompañe hasta la casa?

La joven titubeó unos instantes.

—Decidí dar un paseo.

—Muy bien —sonrió él—. Pero será mejor que no se meta por estos parajes. Estoy seguro de que el señor
O'Brien
lamentaría mucho que a usted le ocurriese algo.

Aldo Rosh se dirigió a su caballo. Mientras colgaba la cantimplora, Nancy lo observó atentamente. Era muy alto, debía de medir probablemente uno ochenta y cinco de estatura, y parecía fuerte. En ese instante él volvió la cabeza y Nancy se sintió turbada al ver que la había sorprendido mirándolo.

—Supongo que nos volveremos a ver pronto, señorita Hadden.

Ella movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Quiero pedirle un favor, señor Rosh.

—¿De qué se trata?

—No quiero que le cuente a Sherman lo que aquí ha ocurrido.

—Ya —el joven movió la cabeza—. Veamos si lo entiendo: Yo no la libré de la serpiente de cascabel.

—Exactamente.

—Ni tampoco la conozco.

—Sí, creo que será mejor así.

—Quedo aleccionado, señorita Hadden.

A ella no le gustó la forma irónica con que aquel hombre se expresaba.

Aldo Rosh montó en la silla de su alazán y volvió a mirar a la joven.

Ella alzó la cara por unos instantes untándolo también a él.

—No estoy esperando a nadie, señor Rosh.

—Lo celebro, señorita Hadden.

Seguidamente Rosh espoleó su cabalgadura y ésta emprendió un trote desapareciendo por detrás del farallón.

Nancy apretó los labios con firmeza mientras se preguntaba por

qué aquel hombre a quien después de todo debía la vida, había producido en ella aquel arrebato de ira. Eso le trajo a la memoria la serpiente de cascabel y al verla otra vez en el suelo sintió un escalofrío por la espina dorsal y echó a correr hacia donde estaba su caballo.

Siguió avanzando hacia el oeste hasta que se dio cuenta de que el sol estaba muy alto y entonces inició el camino de regreso.

Se dio cuenta de que se había alejado demasiado de la casa. En un par de ocasiones tuvo que detenerse para buscar refugio en la sombra porque el calor la ahogaba. Finalmente llegó a los muros de adobe. De buena gana se hubiese arrojado al suelo para no dar un paso más pero sacó fuerzas de flaqueza y entró en la casa.

Luis le salió al encuentro.

—Oh, señorita Nancy, creí que se habría perdido.

—¿Acaso el señor O'Brien ha salido en mi busca?

—No, señorita, él también se marchó con el ingeniero esta mañana y todavía no ha regresado.

—Está bien, Luis. ¿Quieres prepararme un baño?

—Sí, señorita. Ahora mismo le caliento el agua.

—Oh, no. La quiero bien fría.

La joven tomó el baño y mientras se vestía de nuevo oyó ruido de una cabalgada. Se acercó a la ventana y vio llegar a Sherman en compañía de aquel hombre, Aldo Rosh.

Poco después se reunía con los hombres en el comedor. Ferd Nolan no estaba allí. Sherman vino a su encuentro.

—¿Cómo fue ese paseo, pequeña?

—Me abrió el apetito.

—Ven, quiero presentarte al ingeniero.

Nancy observó la cara de Aldo Rosh y de nuevo se sintió indignada al ver la sonrisa que florecía en sus labios.

—Le presento a Nancy Hadden, ingeniero. Es mi prometida, aunque lo va a ser por muy poco tiempo. —Sherman rió—. Éste es Aldo Rosh, el hombre que va a hacer posible que «Los Álamos» sea una gran hacienda.

—Mucho gusto, señorita Hadden.

—Encantada, señor Rosh.

De pronto el joven frunció el ceño.

—¿No nos hemos visto en otra parte, señorita Hadden?

Nancy sintió un estremecimiento. ¿Qué es lo que hacía aquel hombre? ¿Es que no recordaba el ruego de ella?

—Ya sé, señorita Hadden —le oyó decir—. Usted y yo fuimos presentados en el baile del gobernador de Santa Fe.

La joven apretó los dientes.

—No conozco Santa Fe, señor Rosh.

Sherman había empezado a componer un gesto de preocupación pero, al oír la respuesta de la muchacha, soltó una risotada golpeando en la espalda a Rosh.

—No es usted buen fisonomista, señor Rosh, y supongo que será mejor ingeniero.

—Yo también lo espero —sonrió Rosh—. Pero ha de tener en cuenta que para emitir mi dictamen definitivo he de ver la parte sur del río.

—La visitaremos después de comer, pero ya le he dicho que no habrá ninguna dificultad.

La puerta se abrió de golpe y todos volvieron la cabeza.

Ferd Nolan irrumpió en la estancia con rostro sudoroso y la respiración jadeante.

—¡Sherman! —exclamó.

—¿Qué pasa, Ferd?

—Se trata de Johnny «El Limpio».

—¿Qué le pasa?… ¡Y habla de una vez, maldito seas!

—Ha reclutado a todos los tipos que ha encontrado en Cap Shaw.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

—Edwards Adams no quiso ser de su pandilla. Acabo de hablar con él. Adams oyó decir a Johnny «El Limpio» que piensa acabar contigo.

—Eso ha dicho Johnny «El Limpio», ¿eh?

—Sí, y ya puedes estar seguro de que tratará de jugarnos una mala pasada.

—Tú estás mal de la cabeza, hermano. ¿Qué puede hacer Johnny «El Limpio» contra mí? ¿Qué pueden hacer todos los bastardos que se han unido a él?… Los desafío a que se acerquen a mi hacienda… ¡Anda y diles que vengan y yo los barreré del mapa!

Ferd sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la cara.

—Cierta vez mi padre dijo una cosa. Que nunca se debe despreciar a un enemigo.

—En primer lugar, tu padre no era el mío y en segundo término, él no debió ser tan listo cuando cierto tipo le pudo meter una bala en la sesera.

Ferd hizo una mueca.

—Sigo pensando que debemos llegarnos a Cap Shaw para aplastar la cabeza de ese reptil antes de que pueda hacer algo contra nosotros.

—¡Tú harás lo que yo ordene, Ferd! —exclamó Sherman apuntándole con el dedo—. ¡Y mi orden es que te estés quieto!

Hubo una larga pausa y finalmente Ferd movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, Sherman.

O'Brien se puso a sonreír mirando a Nancy.

—Ya ves que no es nada fácil llevar un rancho como éste… Y también usted debe aprender, ingeniero.

—Estoy aprendiendo muchas cosas, señor O'Brien —respondió Aldo, y después sus ojos observaron a Nancy Hadden.

La joven sintió sobre sí la mirada del ingeniero y rápidamente dijo:

—Creí que íbamos a comer, Sherman.

—Claro que sí. Ahora mismo.

Y seguidamente Sherman se puso a agitar la campanilla.

CAPÍTULO V

Sherman y el ingeniero regresaron a la casa cuando ya era de noche.

Luis comunicó a
O'Brien
que Nancy había cenado a solas y se había ido a dormir.

Los dos hombres, después de cenar, pasaron al despacho. Encendieron cigarrillos y después, sentados en sendos sillones, el ranchero preguntó:

—¿Qué me puede decir ahora de mi proyecto, señor Rosh?

Aldo arrojó una bocanada de humo y lijando los ojos en el rostro del ranchero contestó:

—Es realizable con una salvedad.

—¿Qué es eso de una salvedad?

—Usted no puede quedarse con toda el agua del San Joaquín.

—¿Por qué no?

—Esa agua es necesaria al poblado de Cap Shaw. —Aldo hizo una pausa—. Al parecer, usted no ha pensado en ello.

—¿Qué es Cap Shaw?

—Un poblado donde viven medio centenar de indios y algún blanco.

—¿No está hablando en serio, señor Rosh?

—¿Cuál es su idea concretamente, señor
O'Brien?
¿Dejar sin una gota de agua a los moradores de esa aldea?

—Escuche, Rosh. Todo en esta vida consiste en ser prácticos. Ese poblado no tiene razón de existencia. ¿Ha visto a los indios?

—Sí. Los vi bien.

—¿No ha visto su carroña? ¿No se ha dado cuenta de que son

seres infrahumanos? Ellos viven sin preocuparse siquiera del día en que nos encontramos, si es que a eso se le puede llamar vida… Es cierto que si yo construyo mi presa ellos no tendrán agua, pero yo les avisaré antes, tiene usted mi palabra. A esos indios no les costará ningún trabajo marcharse a otra parte para edificar sus sucias casas.

—Lo ha previsto todo.

—Sí, ingeniero. Lo previne todo y sé que no habrá ninguna dificultad en que yo lleve mi plan adelante. No se puede ir contra el progreso, ¿no es así como se expresan los políticos y las gentes de carrera como usted?

—El progreso no tiene nada que ver con el acto de dejar a un pueblo sin agua. Mientras usted charlaba en el almacén con Sammy, yo hablé con unos cuantos indios chickasaws de ese poblado y me he podido enterar de unas cuantas cosas.

—¿De qué cosas?

—Hace diez años eran los únicos pobladores de este territorio.

—Claro que sí. Los chickasaws eran los únicos pobladores de este territorio, lo mismo que otros indios poblaban América cuando llegó Colón. Y eso no fue obstáculo para que millones de personas hayan venido a este país buscando una vida mejor.

—No se vaya por las ramas,
O'Brien.
Los chickasaws me dijeron que usted se apropió de sus tierras.

Sherman se levantó de un salto.

—¿Eso le han dicho esos piojosos?

—Sí,
O'Brien.

—¡Malditos sean todos!… ¿Es así como pagan mi generosidad?

Rosh observó inmutable la ceniza de su cigarro. En esa posición preguntó:

—¿Qué generosidad,
O'Brien?

—Les compré las tierras, ¿lo entiende?… ¡Las compré con mi dinero…! ¡Y era un dinero honrado!

—Eso también me lo contaron ellos.

Los ojos de Sherman se entrecerraron.

—No me gusta su juego de palabras. Primero me dice que le contaron lo de que yo me apropié de sus tierras y ahora me suelta

que sabe que las compré. ¿A dónde quiere ir a parar, Rosh?

—Lo comprenderá enseguida. Usted no pagó más de quinientos dólares por toda la extensión que ocupa «Los Álamos».

—Fue una operación legal. Siempre se ha considerado hábil al tipo que compra a bajo precio.

—Pero usted no dio dinero.

—¿Cómo?

—Les pagó con botellas de *whisky*.

—Es la mercancía que ellos preferían.

—Eso no fue honesto, Sherman.

Los ojos de Sherman llamearon furiosos.

—¡Tenga cuidado con lo que dice, ingeniero!…

Reinó un silencio y luego Sherman preguntó:

—¿No echó un vistazo al registro de propiedad de Phoenix antes de venir aquí?

—Sí. Lo consideré como requisito indispensable.

—Estupendo. ¿Y qué es lo que vio allí?

—Su título es legalmente perfecto. Usted está dentro de la ley.

Sherman soltó una risotada.

—¿Lo ve usted, ingeniero? No hay que preocuparse. Yo soy un tipo legalista. Siempre lo he sido. Amo la justicia y por eso me apresuré a ir a Phoenix a registrar mi propiedad… Y no crea que me resultó barato. Esos puercos del Registro de Propiedades me hicieron abonar más de mil trescientos dólares por garabatear en un libro todo lo que a mí me pertenece. ¿Lo oye?… ¡Mil trescientos dólares!

—Más de lo que usted pagó a los indios. Es muy triste.

Sherman hizo una mueca observando atentamente el rostro de Rosh.

—¿Por qué no va al grano, ingeniero?

—¿Qué es para usted el grano?

—La plata, los machacantes. Pida usted un precio por hacer esa presa.

—Aún no hemos llegado a lo de los machacantes —repuso Aldo empleando la misma palabra que Sherman—: Sólo haré la presa con una condición.

—Suéltela.

—No acaparará toda el agua del San Joaquín.

—¿Qué quiere decir?

—Está claro,
O'Brien.
Usted dejará un brazo de río para el poblado.

—¿Cree que estoy loco?

—Empezaré a pensar que lo está usted si pretende quedarse con toda el agua.

—No sé cómo me contengo, Rosh. Por menos que le estoy escuchando a usted he baleado a un hombre.

—No lo dudo,
O'Brien.
Por lo que veo, una vida humana carece de importancia para usted.

—¿Qué es lo que pretende, maldita sea? ¿Es que aún no se ha dado cuenta de cuál es mi obra? Voy a servir a mi país, a la sociedad… Yo voy a criar en esa tierra estéril maíz, algodón… cebollas, guisantes, patatas, todo lo que necesita la gente para alimentarse… ¿Lo va entendiendo? ¡Voy a dar de comer a las masas!… ¡Seré un benefactor de la humanidad!

—No está pronunciando ningún discurso,
O'Brien.
Y conmigo puede ser sincero. Usted sólo hará eso porque quiere ganar dinero.

Sherman cerró los puños hasta que los nudillos se le tornaron blancos.

—¿No lo quiere ganar usted, Rosh?

—Sí, claro que sí. Todos necesitamos el dinero.

Sherman se echó a reír enseñando los dientes.

—Ahora habla como las personas.

—Pero yo gano mi dinero honradamente. Y no atropellaré a nadie para conseguirlo.

Sherman estalló.

—¡Me está excitando, Rosh! ¡Le juro que me está excitando!

El joven se puso en pie.

—No lo voy a excitar más,
O'Brien.
Puede dirigirse usted a cualquier otro ingeniero.

—¡No hay otro en Phoenix más que usted!

—Hay tres en Salt Lake City y dos en Denver, aparte de los que

pueda encontrar en San Francisco, que quizá sean media docena. Estoy seguro de que alguno de ellos consentirá en llevar a cabo su plan. Celebro haberlo conocido. Le ruego que presente mis respetos a la señorita Hadden.

El joven dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—¡Espere un momento! —exclamó Sherman.

Aldo se detuvo volviendo la cabeza.

—¿Qué quiere ahora?

Sherman se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Ya escribí a San Francisco —dijo con voz ronca—. No conseguí que ningún ingeniero viniese acá. A ellos les sobra trabajo allí.

—¿Lo intentó en Salt Lake City?

—Son mormones y no quiero nada con ellos.

—Probablemente ellos tampoco querrían nada con usted. —Rosh hizo una pausa—. ¿Denver?

—No podrán venir hasta dentro de un año. Ahora están muy ocupados en los ferrocarriles y los puentes.

—No se preocupe. Le daré otras direcciones.

—¡No las quiero!

—Entonces, tendrá que hacer usted sólo la presa.

—¿Por qué se burla de mí, Rosh?

—No es esa mi intención. Le estoy repitiendo con otras palabras que yo no me ocuparé de ese trabajo.

Sherman apretó otra vez los dientes y moviendo la cabeza, rezongó:

—Está bien. Acepto su condición.

Rosh permaneció un rato inmóvil mirando fijamente al ranchero y por último dio unos pasos hacia él deteniéndose muy cerca.

—¿Tiene usted el dinero que necesita para construir esa presa?

—¿Cuánto?

—Quince mil dólares más dos mil que importan mis honorarios y otros mil para mi ayudante. Total dieciocho.

—Los tengo —contestó Sherman sin titubear.

—Muy bien,
O’Brien,
pero debo advertirle una cosa. La presa tendrá un aliviadero con el que en un futuro se podrá aumentar el caudal del río que pase por

Cap Shaw.

—Se preocupa demasiado por esos indios. Pero usted gana, Rosh.

—No se trata de mí,
O’Brien.

—¿Cuándo va a empezar?

—Saldré esta misma noche para Phoenix. Allá me espera Nerril Tracy, mi ayudante. Invertiremos una semana en hacer todos los preparativos y dentro de unos diez días nos tendrá aquí.

—Muy bien. Dígame cuánto dinero necesita ahora.

—Ya me pagará cuando vuelva. Tengo algún capital en el Banco y prefiero hacer las compras por mi cuenta a viajar con unos billetes de los que soy depositario.

—Es usted muy desconfiado.

—Sólo precavido —sonrió el joven.

—¿No va a pasar la noche aquí?

—No, prefiero salir inmediatamente hacia Phoenix.

—Está bien. Como quiera. —Sherman tendió su mano al ingeniero—. Espero que a partir de ahora, entre usted y yo, no haya ninguna razón para discutir.

Aldo Rosh pensó en Nancy Hadden pero enseguida la ahuyentó de su mente diciendo:

—Yo también lo espero, señor
O’Brien.

Poco después iniciaba el viaje de regreso a Phoenix.

CAPÍTULO VI

Nancy Hadden paseaba durante la noche bajo un cielo tachonado de estrellas.

Hacía seis días que se había marchado Aldo Rosh a Phoenix. Justamente ahora estaba pensando en él. ¿Por qué?, se preguntó. Había una respuesta. Aquel hombre la irritaba por la confianza que parecía sentir en sí mismo. Sabía que él y Sherman habían discutido aquella noche acerca de la construcción de la presa, y desde su habitación pudo oír los gritos y las voces destempladas de
O'Brien.

Había intentado arrancar a Sherman los motivos de aquella discusión pero el ranchero le contestó con evasivas.

A pesar de esa carencia de noticias de primera mano, Nancy había llegado a la conclusión de que Aldo Rosh había impuesto su criterio.

Admitía que el hecho de dominar la voluntad de un hombre tan primitivo como Sherman
O'Brien
era meritorio pero, tal reconocimiento producía una sorda irritación en su pecho tratándose de Aldo Rosh.

De repente algo se movió en las sombras interrumpiendo sus pensamientos. Dos ojos brillaron en la oscuridad junto al muro de adobe.

—Buenas noches, Nancy.

—Hola, Ferd. Me has asustado.

—¿Yo? ¿Por qué? —El hermanastro de Sherman avanzó hacia ella en la oscuridad—. ¿Tanto miedo te doy?

—No, Ferd. Tú no me das miedo pero no esperaba encontrar a nadie aquí y me he sobresaltado.

Ferd soltó una risita.

—Supongo que Sherman te dará más miedo.

—No debes hablar así de tu hermano.

—¿Mi hermano? —Ferd rió otra vez—. ¿Qué existe entre él y yo para que seamos hermanos?

—Habéis tenido la misma madre.

—Eso no basta.

—Comprendo que tengas alguna queja de él. Sherman es un hombre violento, pero hay que saber comprenderlo.

—¿Lo comprendes tú, Nancy?

—Creo que sí.

—Pero sólo llevas una semana con nosotros. Es para felicitarte. Yo he estado con él toda la vida y aún no lo entiendo. —Ferd hizo una pausa—. Eso sólo quiere decir una cosa, que él eligió bien y habéis nacido el uno para el otro.

Nancy sintió un escalofrío.

—No es necesariamente eso.

—¿No? ¿Qué es entonces?

—Se puede comprender a una persona sin necesidad de amarla.

Los ojos de Ferd la miraron con renacido interés.

—Entonces… tú no lo quieres.

—No, Ferd. No lo quiero.

Ferd rompió a reír.

—Por favor calla, Ferd —le dijo Nancy.

—Eso resulta muy divertido.

—¿Acaso se lo vas a decir a él?

—No, descuida. No se lo diré. —Ferd quedó repentinamente serio—. ¿Y qué va a pasar cuando acabe el plazo, ese mes de que hablasteis?

La joven se apretó las sienes con la mano.

—Yo no estaré aquí para entonces.

—¿Te vas a marchar?

—Sí, Ferd. Será lo más honrado… Cometí un error al contestar a aquel anuncio pero todavía puedo evitar lo que sería irreparable.

Hubo otro silencio y de pronto Ferd dijo:

—No quiero que te vayas.

—Esperaré unos días. Ayer estuve en Cap Shaw y Sammy me dijo que la diligencia no pasará por aquí hasta el sábado.

—¿Es que no me has oído? No quiero que te vayas.

Nancy notó que Nolan pronunciaba aquellas palabras con un tono extraño.

—Es lo mejor para Sherman, Ferd.

—Sherman me importa un rábano, ¿lo entiendes?

De pronto él la atrapó por los brazos.

—¡Ferd! —exclamó ella.

—¿Es que no te has dado cuenta? ¿Es que no te fijaste en la forma en que te miré cuando llegaste aquí…?

—No, Ferd.

—Me gustaste desde el primer momento.

—Por favor, calla.

—No puedo callar. Yo no soy como Sherman, no exteriorizo mis sentimientos. Ni siquiera tú te has enterado, ¿verdad? Estamos comiendo juntos todos los días, mañana y noche, mañana y noche, y tú jamás has descubierto en mis ojos una mirada de interés, confiésalo, Nancy.

—Es cierto. No me he dado cuenta de nada.

—Siempre ha ocurrido así. ¿Lo entiendes, Nancy?… ¡Siempre! Soy el hermano menor, un inútil, es lo que siempre le he oído decir. Pero yo sé lo que en realidad soy para él… Ni siquiera un capataz… Ni un *cowboy*… Soy un criado, ¿lo oyes, Nancy? ¡Un criado!

—Serénate, estás nervioso.

—No, no lo estoy. Sé lo que digo… Y lo he soportado todo pensando en que algún día me llegaría la revancha.

—No es posible, Ferd.

—Quizá por eso me he enamorado de ti… Sherman siempre ha tenido suerte… Y también la tuvo contigo… Yo pensé como todos, como Sammy y como los demás muchachos. Cuando le contestaste a Sherman todos creímos que tú serías una mujer fea, un desecho que nadie querría allí… Pero no ha sido así.

—Suéltame.

—Te quiero, ¿lo oyes?…

—Has bebido.

—Sí, he bebido… Tengo que beber… Siempre he bebido para poder soportar a Sherman… Es lo que me ha dado fuerzas para permanecer a su lado.

—Déjame, Ferd… Cuando salía de la casa, Sherman estaba en el

despacho consultando unos papeles. Le dije que yo daría un paseo… Quizá ha salido ya en mi busca. Puede llegar de un momento a otro…

—Tú te vas a quedar aquí.

—Mañana mismo me marcharé.

—No, Nancy. Tú no le irás mañana ni tampoco el sábado y me lo vas a prometer.

—¡Suéltame! ¡Me estás clavando las uñas!

—Me jurarás que te vas a quedar.

—Ahora eso resulta más imposible que nunca.

—Entonces iré a hablar con Sherman y le voy a decir unas cuantas cosas, y será ahora mismo.

—¿Qué es lo que le vas a decir?

—Que no lo quieres o quizá se me ocurra decirle que me quieres a mí. —Ferd rió—. ¿Qué te parece eso? Buena idea, ¿verdad?

—No cometerás semejante canallada.

—¿Que te parecen los dos hermanastros peleando por ti, por el amor de una mujer?

—No te quiero a ti ni a él.

—Tengo a un tipo de repuesto.

—No sé qué quieres decir.

—Aldo Rosh.

—¿Aldo Rosh?… ¿Has supuesto que él y yo…? —La joven se interrumpió.

—Os vi muy juntos el día que él llegó al rancho.

La joven se estremeció y él se dio cuenta de ello porque la estaba sujetando férreamente contra sí.

—Parece que eso surte efecto, ¿eh, nena?

—Tú no viste nada.

—Sí, nena. Te vi marchar del rancho y fui detrás de ti. Oí un disparo y cuando fui a acercarme observé a un jinete que se aproximaba al farallón. Él era quien había disparado. Subí por la parte de arriba y escondido entre las rocas pude escuchar vuestro diálogo. —Ferd rió mostrando su dentadura blanca como la leche—. ¿Te gustó él, verdad?

La respiración de la joven se hizo más agitada.

—¡No tienes derecho a decir eso, Ferd!

—¿Por qué no?

—¡Es falso!

—Le pediste que no dijese nada a Sherman acerca de vuestro encuentro.

—Pero eso no tenía nada que ver con las consecuencias que tú pretendes sacar del asunto. Era la primera vez que veía a aquel hombre.

—Yo también te vi por primera vez aquella mañana que llegaste con Sherman y al momento empecé a enamorarme de ti. ¿Por qué no te iba a ocurrir a ti lo mismo con ese ingeniero?

—Estás equivocado, Ferd… ¡No quiero a nadie!… ¡A ningún hombre!

—Lo defiendes con mucho entusiasmo.

—Es la indignación.

—Sea lo que sea, iré con el cuento a Sherman… A menos que me prometas que te vas a quedar aquí.

—No, Ferd. No me hagas prometer eso.

—¡Hazlo!

La joven dobló la cabeza sintiéndose presa de una creciente angustia.

—Está bien.

—Dilo con todas las palabras.

—Te lo prometo… No me iré —murmuró Nancy con voz jadeante.

De pronto oyeron pasos por la otra parte de la casa. Ferd se apartó de la joven como si ésta quemase.

Sherman dobló por una esquina más cercana y de pronto se quedó quieto.

Ferd se arrimó al muro.

—Hola, muchachos —dijo Sherman. Reanudó el paso acercándose a Nancy—. Hermosa noche, ¿eh, nena?

—Sí —contestó la joven.

Sherman tenía un cigarro en la mano y ahora se lo llevó a la boca dándole una larga chupada. Fijó los ojos en la cara de Nolan.

—¿Qué te pasa, Ferd? ¿Te has quedado sin habla?

—Le estaba diciendo a Nancy que dentro de un año nuestro rebaño se habrá doblado.

—No te he preguntado acerca de lo que le contabas a Nancy.

Las pupilas de Ferd brillaron con más intensidad.

—Será mejor que me vaya a dormir. —Ferd dio media vuelta para marcharse.

—¡Espera un momento! —lo llamó O'Brien.

—¿Qué quieres, Sherman?

O'Brien se acercó a su hermanastro y lo tomó por un brazo.

—Échame el aliento.

—He bebido, si es a eso a lo que te refieres.

—Cuando llegó Nancy te advertí que no lo hicieses salvo en tu día libre, lejos del rancho.

—Sólo fue un trago, Sherman.

—Claro que sí, un trago después de otro, ¿verdad, Ferd?

Ferd se pasó la mano libre por la comisura de la boca.

—Me encuentro perfectamente.

Nancy intervino en aquel instante.

—Es cierto, Sherman. Ferd se encuentra bien. Ni siquiera yo he notado que ha bebido.

Sherman observó a la joven.

—No lo notaste porque no has estado cerca de él. Huele que apesta —empujó violentamente a Ferd contra el muro de adobe.

Hubo un momento en que Nancy tuvo la impresión que Ferd se iba a abalanzar sobre Sherman pero finalmente se contuvo y echó a andar alejándose.

Nancy deseó estar a solas en su habitación. A cada minuto que pasaba sentía una más fuerte congoja en su pecho.

Sherman se acercó a ella.

—¿Te ha molestado, Nancy?

—No. Hablamos amigablemente.

—Lo celebro. Palabra que lo celebro… No me fío de él, ¿sabes? —Volvió otra vez la cabeza mirando en la dirección que había seguido Ferd—. Ya te lo dije, no es mal chico pero a veces tiene raros pensamientos y yo soy un hermano mayor y es lógico que me preocupe por él.

—Tengo una fuerte jaqueca, Sherman.

—¿Es cierto, querida? —dijo él volviendo la cabeza rápidamente hacia ella—. Tengo unas cuantas medicinas en casa. Vamos allá.

—Estoy segura de que no es nada que tenga importancia. Se me

pasará durmiendo.

Hubo un silencio y luego Sherman dijo:

—Está bien, chica. Has de acostarte enseguida.

Poco después entraban en la casa.

Sherman la detuvo en el vestíbulo.

—¿De veras que no necesitas ninguna medicina?

—No, Sherman. Buenas noches.

La joven desapareció por una puerta y O'Brien permaneció un rato en el mismo lugar pellizcándose la barbilla, los ojos entrecerrados, sumido en sus pensamientos.

CAPÍTULO VII

Nancy observó la gran actividad que reinaba delante de la casa. Aldo Rostí acababa de regresar a «Los Álamos». Había traído consigo cinco galeras transportando el material que necesitaban para la construcción de la presa y una docena de hombres.

Al poco rato vio marchar la expedición. El ingeniero y Sherman cabalgaban al frente. Se dirigían al lugar del río San Joaquín donde se iba a realizar la obra.

La joven permaneció en su habitación toda la mañana pero cuando estaba próxima la hora de la comida, se puso su mejor vestido y se peinó el cabello de distinta forma a como lo había venido haciendo hasta ahora. Luego se observó en el espejo diciéndose que de aquella forma resultaba mucho más atractiva. Finalmente se dirigió al comedor.

Vio que en la mesa sólo había un servicio, justamente en el lugar que le correspondía a ella. Sintió a sus espaldas los pasos de Luis y se volvió.

—¿Es que no va a comer aquí el señor…
O'Brien?

—No, señorita. El patrón dijo que comería con el ingeniero en el río.

Hubo un silencio y luego Luis agregó:

—Está muy guapa, señorita Nancy.

—Gracias, Luis —repuso Nancy con una sonrisa pero luego, cuando él se hubo ido para traer el primer plato, se sintió invadida por una sorda rabia interior.

Comió muy poco y subió de nuevo a su habitación.

Paseó de un lado a otro apretándose los brazos, inquieta.

De pronto sintió que la puerta se abría a su espalda. Se volvió

rápidamente y vio en la entrada a Ferd Nolan.

—¿Por qué no has llamado? —preguntó presa de una gran indignación.

Ferd soltó una risita mientras cerraba la puerta. Luego se apoyó en la pared y observó a la joven.

—¿Dónde es la fiesta? —preguntó irónico.

—A Sherman no le gustaría saber que has estado en mi habitación.

—Desde luego. No le gustaría, pero tú no se lo vas a decir.

—Será mejor que aclaremos las cosas ahora, Ferd.

—¿Qué es lo que hay que aclarar?

—Todo tiene un límite. Y no consentiré que entres en mi habitación cuando te de la gana. Te hice la promesa de que me quedaría y la estoy cumpliendo. Si vuelves a aparecer por aquí, yo tendré libertad para marcharme.

—Eso es lo que me gusta en ti. Tu genio.

—A mí, de ti, no me gusta nada.

—Eso lo dices ahora pero quizá cambies pronto.

—No, Ferd. No voy a cambiar. Y desde ahora debes acostumbrarte a la idea de que jamás te corresponderé.

Ferd sonrió otra vez.

—De modo que yo tenía razón.

—No sé a qué te refieres.

—A Aldo Rosh.

—¿Qué nueva tontería se te ha ocurrido, Ferd?

—Ese vestido, ese peinado. No los has dedicado a Sherman y tampoco a mí.

—Es natural que una mujer trate de hacer uso de todo su vestuario.

—Claro que sí, y de darle un poco de originalidad a su peinado, pero te has decidido a hacerlo el día en que ha vuelto el ingeniero.

—Te equivocas nuevamente, Ferd. Aldo Rosh no ha venido a comer.

—Sí, pero tú no lo sabías. Hablé con Luis antes de llegarme aquí y él me dijo lo guapa que te habías puesto y tu confusión.

Nancy sintió que las sienes le latían con violencia.

—No voy a hablar más contigo, Ferd.

La joven dio media vuelta y se acercó a la ventana quedando allí

de espaldas al hermano de Sherman.

Tras una larga pausa, Ferd dijo:

—Siento darte muy malas noticias, pequeña… Estuve hablando con el ayudante que ha traído el ingeniero, un tal Nerril Tracy. Le hice unas cuantas preguntas acerca de Aldo Rosh y me he enterado de algo muy importante. Para ti, naturalmente… Aldo Rosh ya tiene chica.

Nancy sintió que se estremecía. Tuvo que hacer un esfuerzo para contestar sin que le traicionase la voz.

—Eso es algo que me tiene sin cuidado.

—¿De veras?… En tal caso creo que tienes razón.

—Márchate ya.

—Me estoy diciendo que vas a estar muy aburrida durante una temporada… El ingeniero no vendrá por aquí, ¿sabes? Ha ordenado que le construyan una cabaña allá en la presa, junto al río. El comerá y dormirá allí. Y como es lógico, también nuestro querido Sherman se pasará más tiempo por aquellos andurriales que por el rancho… Me ha encargado a mí que me ocupe de todo lo que se refiere a «Los Álamos», y como yo soy un chico muy obediente, he querido atender todas las cosas y, naturalmente, tú eres la primera de todas.

Nancy se revolvió furiosa, los puños apretados, los ojos llameantes de furia.

—Eres muy amable, Ferd Nolan, pero no te necesito para nada… Y si he de aburrirme, lo haré sola.

Ferd la escuchaba sin perder sonrisa.

—Muy bien, nena. Tú ya sabes cómo soy yo. No tengo prisa. Nunca la he tenido. Pero óyeme esto. No he dudado en ningún momento que algún día seré el amo.

—Hay algo que no funciona bien en tu cabeza, Ferd.

Por un instante Ferd quedó serio y Nancy pudo ver la venilla que se le hinchaba en la sien y cómo en aquellos ojos que parecían trozos de vidrio hervía la ira. Pero eso duró muy poco y luego sus labios volvieron a sonreír.

—Cuando quieras divertirte un poco, sólo tienes que decírmelo. Estaré a tu disposición, dulzura. Y eso debe demostrarte que no soy un tipo vengativo.

—¡Fuera!

—Ya me voy. No te pongas así o echarás a perder tu vestido y tu peinado.

Ferd salió de la habitación cerrando a su espalda.

Nancy se mordió el puño conteniendo un sollozo.

Aldo Rosh estaba sentado ante una pequeña mesa, sobre la que descansaba un gran plano.

Desde aquel lugar, en la puerta de la cabaña, podía observar los movimientos de los hombres que ya habían empezado a realizar los trabajos preparatorios.

Vio venir hacia él a su ayudante, el cual se limpiaba el sudor con un pañuelo.

Nerril Tracy frisaba en los cuarenta y cinco años de edad y era un hombre de regular estatura, cabello entrecano, y rostro de facciones simpáticas en el que destacaba la nariz aguileña y el mentón hendido.

—Es un condenado rincón de la tierra —exclamó deteniéndose ante Rosh.

—Sí, los hombres tendrán que apretar al amanecer y cuando se ponga el sol. A mediodía no tendremos más remedio que hacer un alto para evitar las insolaciones.

—Eres muy humanitario —rió Nerril—. Y esto me viene estupendamente para decirte que, debido a eso, no eres hoy el primer ingeniero del país.

—Me gusta como estoy.

—No lo dudo y es lo que me extraña en ti. ¿Por qué infiernos no has de ser ambicioso?

—Lo soy.

—Y un cuerno. —Nerril extendió la mano hacia el río San Joaquín que corría más abajo—. Esta presa es una obra de tres al cuarto. Sí, ya sé que tú la harás maravillosamente, que será una cosa perfecta, pero sabes que está al alcance de cualquier estudiante de ingeniería. ¿Por qué has de gastar tus conocimientos tan inútilmente?

Aldo sacudió la cabeza y repuso sin perder su buen humor:

—Gracias por todo lo que dices acerca de mí. Cualquier día de éstos te voy a nombrar mi representante.

—Tómatelo a broma si quieres, pero yo sé lo que tienes metido en la cabeza.

—¿Sí? ¿Qué es lo que tengo metido?

—El otro día me dejaste solo unos minutos en tu despacho de Phoenix. Ocurrió cuando fuiste a despedir a Laura. Se me ocurrió mirar lo que había en un tablero. Palabra que al principio creí que se trataba de una fantasía o de que por arte de birlibirloque me había metido en el despacho de un ingeniero del año 1900. Vi un puente colgante sobre el río Hudson, un puente que unía Brooklyn con la otra orilla… Infiernos, Aldo, ésa sí que es una obra, algo digno de ti.

—Un sueño.

—Que lo verás convertido en realidad si te casas con Laura.

—¿Quieres no mezclar una cosa con otra?

—Son dos piezas de un mismo rompecabezas que encajan perfectamente. El padre de Laura es el presidente de la compañía de acero más fuerte del Medio Oeste. En cuanto te hayas casado con Laura, tu suegro te lanzará hacia Nueva York y ya puedes estar seguro de que ese puente colgante sobre el Hudson lo harás tú.

Nerril se dio cuenta de que Aldo no lo estaba escuchando porque sus ojos estaban fijos en un punto situado en la ladera contraria.

De pronto se oyó un estampido y uno de los hombres que trabajaban en el cauce del río, lanzó un grito y se desplomó en tierra.

Rosh se levantó de un salto.

—¡Son los indios chickasaws! —gritó—. ¡He visto a uno de ellos detrás de una roca!

Rodeó la mesa y se puso las manos junto a la boca gritando:

—¡Pónganse todos a cubierto!

Los hombres se habían quedado un momento paralizados después del estampido, pero ahora abandonaron sus instrumentales de trabajo apresurándose a buscar refugio.

Se oyeron otros dos disparos y las balas silbaron siniestramente pero ahora ninguna de ellas picoteó en la carne.

Aldo corrió, se lanzó ladera abajo hacia el lugar donde yacía el hombre que había sido alcanzado por el primer proyectil.

—¡Eh, Aldo! ¡Vuelve acá! —le gritó Nerril.

Pero el joven desoyó el consejo.

Se oyeron nuevos estampidos y las balas pasaron muy cerca de Rosh.

Finalmente dio un tremendo salto y cayó, junto al hombre que estaba tendido de bruces en la orilla.

—¿Qué ha sido, Frank? —preguntó dándole la vuelta.

El rostro del llamado Frank estaba blanco.

—Sentí una punzada en la clavícula.

Aldo observó la herida de Frank. Sólo vio un rasguño del que brotaba sangre.

Ahora los dos hombres se encontraban detrás de unas piedras y los atacantes habían dejado de disparar.

—No ha sido nada, Frank aunque has tenido un poco de suerte. La bala sólo se llevó un trozo de piel.

—Nos ha traído a un buen lugar, señor Rosh.

—Todo se arreglará.

—¿De qué forma?

En aquel momento Aldo oyó la voz fuerte de Sherman O'Brien.

—¿Qué dice ahora, Rosh?

El joven volvió la cabeza y vio a Sherman acuclillado a unas yardas de distancia. Tenía el revólver en la mano.

—Esos indios creen que usted los va a dejar sin agua.

—Y es lo que vamos a hacer.

—Usted aceptó mi condición, Sherman. Y la seguirá respetando.

Sherman hizo una mueca de perplejidad.

—Eso sí que es bueno. De modo que usted piensa que los hombres van a trabajar con usted. Ya me he dado cuenta de que lo respetan mucho pero, no creo que estén dispuestos a sacrificar sus vidas.

—No va a haber ninguna muerte —dijo Rosh.

—Claro, y yo sé la forma de impedirlo. Arrasaremos el poblado de los Chickasaws y todo quedará arreglado.

—Usted no hará eso, Sherman.

El ranchero soltó una risita.

—Siento curiosidad por conocer su solución.

—Yo iré a hablar con los Chickasaws y los convenceré para que se estén quietos.

—No sea ingenuo, Rosh. Ellos creerán que usted es un embustero, que sólo pretende engañarles. Conozco a los chickasaws desde hace diez años y le puedo asegurar que no hay tipos más

incrédulos sobre la tierra.

—Me imagino que tienen motivos para no creer en nada.

Sherman comprendió la intención del ingeniero, pero no tuvo oportunidad para replicarle porque Rosh se levantó en aquel momento y empezó a subir la ladera hacia la cabaña.

—Eh, ¿qué hace usted?

Sherman esperó oír de un momento a otro un disparo.

Aldo llegó ante la choza y descubrió a Nerril arrodillado tras un cajón.

—Cuando disparen otra vez, ten cuidado en buscar un refugio, Nerril. ¿Crees que esa madera va a impedir el paso de las balas?

Su ayudante se puso en pie.

—¿Se han ido ya esos indios?

—Sólo han hecho acto de presencia para darnos un aviso.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Nerril mirando a las alturas de enfrente donde ahora no había nadie.

—Tuve oportunidad de hablar con unos cuantos chickasaws y sé que no son sanguinarios, a pesar de que han sido atropellados. Ellos sólo quieren que no se les quite el agua que necesitan para vivir. Encárgate tú de que los hombres continúen la obra.

—¿Dónde vas?

—A Cap Shaw.

—¿Solo?

—Sí, Nerril. Solo.

—Oye, eso es un atrevimiento.

—No te preocupes, siempre he sabido cuidarme —respondió Aldo golpeando con la palma de la mano la culata del revólver.

Poco después el joven cabalgaba en dirección a Cap Shaw.

Cuando se acercaba al almacén de Sammy Barrie vio un tropel de chickasaws junto a sus casas de adobe. Muchos tenían rifles en la mano y no dudo que ellos eran los que habían atacado a sus hombres.

Aldo descabalgó y luego echó a andar tranquilamente hacia el lugar donde se encontraban los indígenas.

Observó las caras impasibles que lo miraban y preguntó deteniéndose:

—¿Quién es vuestro jefe?

Hubo una larga pausa. Finalmente uno de los chickasaws se

adelantó tocándose el pecho con el dedo índice:

—Yo soy el jefe.

—¿Cuál es tu nombre?

—Donato.

—Muy bien, Donato. Yo soy el ingeniero que va a construir la presa sobre el río San Joaquín y he venido a hablar contigo.

—La presa no se construirá.

—Ya sé cuál es vuestra preocupación. Habéis pensado que el muro que se levantará allí va a detener todo el curso del agua y que vosotros os quedaréis sin ella. —Aldo guardó un silencio mirando fijamente a los ojos del jefe—. Pues bien, Donato. No va a ocurrir nada de eso. Por el cauce del San Joaquín que pasa por aquí, seguirá corriendo el agua. Y también voy a agregar otra cosa, aunque vuestro pueblo se multiplique siempre tendréis el agua necesaria. Yo me ocuparé de ello.

—Los hombres blancos dicen muy buenas palabras pero nunca las cumplen.

—Comprendo que no podáis creer en los hombres blancos pero esta vez debéis confiar en mí.

—Tú eres un criado de Sherman y Sherman es un hombre malo.

—No, Donato. Yo no soy un criado de Sherman, sino alguien que él ha contratado para construir la presa. Sherman me paga por mi trabajo y yo acepté realizar esa obra sólo cuando él me prometió cumplir mis condiciones y una de ellas es la de que, en ningún momento, vosotros os quedaréis sin agua.

Los ojos de Donato observaron atentamente el rostro de su interlocutor.

—Me preguntaste por mi nombre y no has dicho el tuyo.

—Aldo Rosh.

—Tus palabras suenan como si no fuesen engañosas, pero otros antes que tú también las emplearon con nosotros y luego las olvidaron.

—Quiero ser vuestro amigo y yo jamás traiciono a los que confían en mí.

—¿Cómo podemos saber que no nos vas a hacer traición?

—Es muy sencillo, Donato. —Aldo extendió el brazo señalando el San Joaquín que corría a unas cincuenta yardas—. Sólo tendréis que observar el agua que transcurre por allí. No dejará de pasar en

ningún momento. La que corre ahora por el cauce es demasiada para vosotros. No necesitáis tanta. Esa agua se pierde y no tiene ningún valor para nadie. Es la que yo quiero conservar allá arriba. Si algún día deja de correr la que vosotros necesitáis, podréis pensar que yo os he hecho traición.

El jefe de los chickasaws permaneció inmóvil como una estatua sin apartar su mirada de la cara de Rosh.

De pronto llegó una voz desde atrás.

—Ese hombre te está engañando, Donato.

Aldo volvió rápidamente la cabeza descubriendo a unas cinco yardas detrás de sí a tres hombres cuya vestimenta estaba cubierta de sudor y de polvo. Uno de ellos, el más alto, le estaba sonriendo y era indudablemente el que había hablado.

—Permíteme que me presente, ingeniero. Soy Johnny «El Limpio».

—¿Qué es lo que quiere? —inquirió.

—Defender a esos indios contra usted y contra Sherman.

—Ya le acabo de decir al jefe que no debe preocuparse por nosotros. Los chickasaws siempre tendrán su agua.

—Cuentos. Los indios y nosotros conocemos quien es Sherman O'Brien,
un tipo que lo quiere todo para él, un hijo de perra que sólo piensa en sí mismo.

—Me importa muy poco lo que usted pueda pensar de Sherman. Soy el encargado técnico de realizar la obra de la presa, y, por tanto, quien ha de ocuparse también de embalsar el agua. Y si yo digo que el río San Joaquín no se secará jamás, es porque será irremediablemente así.

Johnny «El Limpio» sonrió meneando la cabeza en sentido negativo.

—No, ingeniero. Usted no se la va a pegar a nadie.

—Por fortuna, no es la persona con quien yo he de tratar.

—¿Quién dice que no?

—Nadie lo llamó aquí, Johnny, celebro haberlo conocido pero ahora déjeme con lo mío.

Aldo se volvió para seguir hablando con el jefe chickasaw pero en ese momento oyó otra vez a Johnny.

—Usted se va a largar de aquí, Aldo Rosh.

Rosh giró otra vez bruscamente hasta detener los ojos en la cara de Johnny «El Limpio».

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Que se va a largar de Cap Shaw y que le conviene hacerlo por su propio pie, a menos que prefiera hacerlo con las botas por delante.

CAPÍTULO VIII

Aldo endureció sus músculos faciales.

—¿Pretende embromarme, Johnny?

—Lo que le acabo de decir es la Biblia.

—Le voy a dar un consejo.

—No lo necesito.

—No va a pagar nada por él. Déjeme en paz, Johnny.

Johnny «El Limpio» soltó una risita.

—Voy a contar mentalmente cinco segundos, ingeniero, y para entonces quiero verle mover las piernas muy aprisa. Usted montará en su caballo y se irá hacia el Norte, ¿lo entiende?… Hacia el Norte. Siguiendo ese camino llegará a San Silvestre mañana y desde allí escribirá una carta a Sherman renunciando a construir la presa y, de paso, le rogará que le mande sus cosas.

—¿Ya ha terminado, Johnny?

—Sí.

—Óigame a mí ahora. —Aldo hinchó los pulmones de aire—. Me voy a quedar en Cap Shaw, construiré la presa de Sherman y los chickasaws tendrán siempre su agua. Yo también voy a empezar a contar cinco segundos mentalmente y para entonces quiero que, usted y los dos hombres que lo acompañan, hayan dado media vuelta y empiecen a alejarse.

Hubo una pausa y luego Johnny rió otra vez.

—Ya he empezado a contar, ingeniero.

—Yo también —respondió Aldo.

Instantáneamente los chickasaws que había detrás del joven se apartaron rápidamente para dejar paso libre a las balas.

Johnny «El Limpio» y los hombres que lo flanqueaban abrieron ligeramente las piernas en compás descolgando los brazos a lo largo

de los costados, los dedos libremente encorvados sobre la culata del revólver.

Aldo observaba fijamente los ojos de aquellos tres hombres que se le enfrentaban.

Fue el de la izquierda quien primero tiró del revólver.

Aldo inclinó ligeramente la pierna derecha y en un segundo tuvo el Colt en la mano. Apretó el gatillo y el tipo que se disponía a disparar recibió el plomo entre los dos ojos y se derrumbó hacia atrás lanzando un grito de muerte.

El otro compañero de Johnny «El Limpio» también tenía el arma en la zurda lista para hacer luego pero antes de que lo pudiese conseguir, una bala le partió el corazón, y con los ojos y la boca muy abierta, se abatió hacia atrás levantando una nube de polvo.

Johnny «El Limpio» estaba ligeramente encorvado y su diestra esgrimía también el Colt, pero el cañón estaba mirando al suelo.

Aldo esperó a que su último contrincante levantase el revólver pero eso no ocurrió.

Johnny «El Limpio» abrió la mano y dejó caer el arma.

—No tire, ingeniero.

—El asunto era entre tú y yo. Toma el Colt.

—No puedo enfrentarme con usted.

—¿Por qué?

—Me ha cobrado ventaja.

—Volveré a enfundar y empezaremos de nuevo.

Johnny «El Limpio» tragó saliva.

—Está bien, ingeniero. Usted gana.

—¿Qué es lo que gano?

—Vuelva con Sherman y haga su presa.

—No necesitaba tu aprobación, sino la de los chickasaws.

Johnny se pasó el brazo por la frente para enjugar el sudor.

Finalmente, Aldo movió la cabeza.

—Anda, Johnny. Da media vuelta y márchate.

Johnny empezó a agacharse para tomar el Colt, pero Rosh agregó rápidamente:

—Sin el arma.

—¿Es que me va a robar mi Colt?

—Ya volverás por él cuando yo me haya ido.

Johnny miró todavía unos instantes al ingeniero y finalmente

dio media vuelta y empezó a alejarse hacia el Norte del poblado.

Rosh devolvió el revólver a la funda.

Los indios habían aparecido otra vez por detrás de la casa más cercana. Donato avanzó hacia Rosh. Cuando se detuvo muy cerca del joven, su rostro seguía siendo impasible.

—Los chickasaws van a creer en el hombre blanco.

—Gracias, Donato.

—Tú no eres como Johnny «El Limpio», ni como Sherman, ni como ese hermano de Sherman… Siempre serás bien recibido entre nosotros —señaló el cauce del San Joaquín—. Y nosotros recordaremos siempre tus palabras de que el agua seguirá corriendo por esa tierra.

El jefe de los chickasaws hizo un saludo y seguidamente dio media vuelta y se dirigió hacia el poblado, y todos los de su tribu fueron tras él.

Aldo dio un suspiro mientras echaba a andar hacia el almacén de Sammy Barrie.

De pronto descubrió junto a la puerta la figura de Nancy Hadden.

Se detuvo a una yarda de ella.

—¿Cómo está, señorita Hadden?

—Se ha arriesgado demasiado.

—Usted también.

—Cuando llegué les vi dispuestos a enfrentarse y elegí este lugar para observarlos porque estaba fuera del camino de los proyectiles.

—No me refería al duelo, señorita Hadden.

—¿A qué?

—A eso de contestar a un anuncio de un hombre que solicitaba esposa.

La joven sintió que una ola de sangre le subía a la cara.

—No tengo que darle cuenta de mis actos.

—Yo no se lo he pedido, señorita Hadden —sonrió el joven—. Los dos hacíamos comentarios acerca del riesgo que corremos en determinados momentos de la vida.

Hubo un silencio entre ambos y luego ella preguntó:

—¿Quién le ha contado lo que me concierne a mí?

—Ferd Nolan se lo soltó a mi ayudante, y me imagino que lo hizo para que Nerril Tracy me hiciese llegar a mí la noticia.

—Usted parece conocer muy bien a las personas. Siempre ve una segunda intención en los actos de los demás, ¿verdad, señor Rosh? Cuando usted y yo nos conocimos creyó que yo estaba esperando a alguien, que se trataba de una cita clandestina.

—Sí, confieso que fue así, y si ahora le sirve de algo, le presento mis excusas.

Las palabras de Aldo sonaron en los oídos de Nancy como un sarcasmo y ella se preguntó por qué aquel hombre poseía la extraña facultad de enfurecerla.

De pronto Nancy vio a tres hombres en compañía de Johnny «El Limpio». Los cuatro se acercaban al lugar donde permanecían los dos cuerpos inmóviles de los tipos que Aldo había baleado.

—Cuidado, señor Rosh.

—¿Qué pasa?

—Ahí viene otra vez Johnny «El Limpio».

Aldo giró observando a los hombres que avanzaban. Los cuatro se detuvieron cerca de los cadáveres y todos ellos estaban mirando hacia el lugar en que se hallaban los dos jóvenes.

—Métase en el almacén, señorita Hadden —dijo Rosh.

Pero la muchacha continuó en el mismo lugar.

Johnny «El Limpio» y sus tres compinches seguían inmóviles. Finalmente Johnny dijo algo y los fulanos se agacharon sobre los cuerpos y se los echaron sobre los hombros. El grupo retrocedió por el lugar que había venido.

Aldo esperó un rato hasta que aquellos hombres desaparecieron con su macabra carga tras una casa de adobe y entonces él volvió la cabeza y vio a la joven allí.

—¿Por qué no se ha metido dentro?

—Me quedé paralizada.

—Está mintiendo.

Ella levantó la barbilla.

—¿Cómo se atreve…?

—Usted ha pensado que si se quedaba aquí, ellos no se atreverían a tirar contra mí por temor a matarla a usted. Ha querido servirme de escudo.

La joven fue a dar una respuesta pero se contuvo. Su pecho se hinchaba al compás de una respiración agitada.

Aldo no sonreía.

—Ha cometido un error, señorita Hadden. Johnny «El Limpio» no se atrevió a dar la orden de disparar por temor a que él mismo perdiese la vida.

—Es usted insoportable.

—Serénese. Ya ha pasado todo.

En aquel momento Sammy Barrie apareció por la puerta hurgándose el oído con un dedo.

—Antes oí un pequeño ruido. Creo que me estoy quedando sordo. ¿Ha ocurrido algo?

—Nada, Sammy —respondió Aldo—. No ha ocurrido nada de importancia —y al propio tiempo que decía esto sus ojos estaban fijos en el bello rostro de Nance Hadden.

La joven apartó rápidamente la mirada dirigiéndose al tendero.

—Vine a comprarle horquillas, Sammy.

—Pase usted y le serviré.

Aldo permaneció en el mismo lugar hasta que al cabo de un rato Nancy salió del negocio.

—¿Puedo acompañarla a su casa, señorita Hadden?

Ella lo miró como si encontrase extraño que él continuase todavía allí. Titubeó unos segundos y finalmente dijo:

—Puede.

Minutos después los dos jóvenes cabalgaban en dirección a «Los Álamos».

Hicieron todo el viaje en silencio.

Cuando llegaron ante la casa, Nancy vio a Ferd Nolan en el porche.

El hermano de Sherman dio dos pasos y se apoyó en una columna.

—¿Hizo un buen viaje, ingeniero? —preguntó con sorna.

Aldo lo observó a los ojos.

—Fui a Cap Shaw a suprimir los obstáculos que impedían que hiciésemos la presa.

—¿A cuántos chickasaws se cargó para lograrlo?

—Sólo tuve que arreglar cuentas con dos compinches de Johnny «El Limpio».

Ferd Nolan arrugó el ceño.

—¿Los mató?

—Sí.

—Casi no puedo creerlo, ingeniero. —Ferd se masajeó el mentón —. Aunque me imagino que les tiró por la espalda.

Nancy había descabalgado.

—¡Ferd! —exclamó—. El señor Rosh se enfrentó con esos hombres cara a cara.

—Le ha salido una buena defensora, ingeniero.

Aldo se mojó los labios.

—Saca el revólver, Ferd.

—¿Para qué quiere que lo saque?

—Desenfunda y dispara contra mí.

Ferd dejó de apoyarse en la columna.

—Al parecer, le ha dado demasiado el sol en la cabeza, señor Rosh.

—Haz lo que te digo.

—Muy bien —sonrió Ferd—. Le voy a agujerear ese lindo sombrero. ¡Ahí va!

Ferd Nolan tiró del revólver rápidamente.

Aldo desenfundó mucho antes y apretó el gatillo.

El plomo golpeó contra el tambor del revólver de Nolan y salió despedido por los aires.

Ferd se quedó perplejo mirándose la mano vacía sin un solo rasguño. Poco a poco alzo los ojos deteniéndolos otra vez en el rostro de Aldo.

—Fue una trampa, ingeniero.

—Sólo quería convencerte de cómo lo hice en Cap Shaw.

Nolan apretó los labios.

—Ha sido una buena demostración, pero pudo convencerme de otra forma.

Algunos hombres se habían acercado a la casa al oír el estampido pero ahora estaban quietos observando la escena que se ofrecía a sus ojos.

Ferd gritó fuera de sí.

—¿Qué hacéis ahí? ¡Continuad vuestro trabajo!

Los *cowboys* se movieron lentamente, alejándose de la casa.

Ferd volvió a mirar a la cara de Rosh.

—Nunca me ha gustado que me pongan en ridículo.

—Y a mí tampoco que me tomen por un asesino.

Hubo otra pausa y de pronto Ferd dio media vuelta y entró en la

casa.

Nancy Hadden se echó el cabello hacia atrás.

—Usted no tiene miedo a nada, señor Rosh.

—Es cierto. No lo tengo.

—Ferd es un hombre peligroso. No ha debido hacerle eso.

—Él se lo buscó.

—No se lo perdonará jamás y ya puede estar seguro de que esperará cualquier momento favorable para tomar el desquite.

—Me cuidaré, señorita Hadden. Celebro haberla visto de nuevo.

Seguidamente Rosh espoleó su potro y éste emprendió un trote en dirección al río San Joaquín.

La joven lo siguió con la mirada hasta que el jinete desapareció tras de la colina que había más allá de la torreta metálica.

CAPÍTULO IX

Ferd Nolan entró en el despacho donde se encontraba su hermano.

—Luis me ha dicho que querías hablar conmigo.

—Siéntate, Ferd.

—Prefiero oírte de pie.

—¡He dicho que te sientes!

Ferd entró en la estancia y finalmente se dejó caer en un sillón.

—¿De qué se trata?

—Te dije que te ocupases de todo lo del rancho porque, mientras construyesen la presa, yo estaría allá más que aquí.

—Eso es lo que he hecho, ocuparme del rancho.

—¡Maldito sea! Si continuases haciéndolo lo mismo que hasta ahora, un día llegaría aquí y me encontraría con que no tenemos una sola res. —Sherman exhibió un papel en alto—. Había trescientas cincuenta cabezas. En el recuento de hoy sólo salen doscientas setenta y cinco. Faltan setenta y cinco.

—Quizá contaron mal.

—Sabes que eso no es posible. Joshua es un tipo estupendo para no equivocarse en el callejón mientras pasan las cabezas.

Ferd se rascó una patilla.

—Ya sé, *Baby* me habló de que había sobrevenido una estampida.

—¿Cuando?

—Ayer por la mañana.

—Llama a *Baby* y dile que quiero hablar con él.

—¿Es que no me crees?

—No, no te creo.

Hubo un silencio. De pronto Ferd exclamó:

—¡Estoy harto!

Sherman entrecerró los ojos mirando fijamente a su hermano.

—¿De qué estas harto, Ferd?… Anda, dilo… ¿De qué estás harto?

—Me tratas como a un chiquillo. Una vez dijiste que el rancho era tanto tuyo como mío, pero eso no es verdad. Siempre me estás espiando, interrogándome acerca de lo que hago o lo que dejo de hacer…

—Naturalmente que he de vigilarte, pedazo de estúpido. ¿Es que los hechos no me dan la razón? Te quedas al frente del rancho y apenas he dado media vuelta faltan setenta y cinco reses. ¿Qué pasaría si yo me marchase un mes a cualquier parte?, a que, cuando regresase a «Los Álamos», no quedaría nada porque tú habrías arramblado con todo.

—Te digo que hubo una estampida.

—Sólo lo creeré cuando hable con *Baby*. Llámalo.

—Al único que no crees es a mí, pero en ella sí que tienes fe, ¿verdad, Sherman?… ¡En Nancy Hadden!

—No la nombres siquiera… Cuando lo haces la manchas.

—Claro que sí. Yo la mancho, sólo yo, pero ella es una santa, una mujer de su casa…

—Cállate, Ferd. Te conviene.

—Te vas a casar con ella, es lo que tú pretendes.

—Es lo que será.

—Permite que lo dude, hermanito.

—Escúchame bien, Ferd. —Sherman se echó hacia delante, arrastrando las palabras—. Puedo permitirte que extravíes setenta y cinco reses, pero no que ofendas a Nancy Hadden.

—Dices que no me preocupé por las cosas de «Los Álamos» y, sin embargo, me he preocupado de algo tan importante para ti como ella.

Hubo un silencio. Los ojos de Sherman despedían llamaradas.

—¿Qué es lo que intentas decirme, Ferd?

Ferd movió la cabeza.

—Olvídalo.

—¡Dilo de una vez!

—He hablado por hablar.

—¡Dilo, maldito seas! —exclamó Sherman poniéndose en pie—. ¡O te juro que soy capaz de hacer una barbaridad! ¡Habla!

Ferd se pasó la mano por la crecida barba.

—Está bien, pero recuerda que tú me has obligado a contártelo.

—¿De qué se trata?

—De ella y del ingeniero.

—¿De Nancy y de Rosh?

—Sí.

Los ojos de O'Brien se convirtieron en rendijas.

—¡Suéltalo de una vez!… ¿Qué pasa con ellos dos?

—Se están viendo a tus espaldas.

—¡No!

—Sí, Sherman. Me duele mucho decírtelo, pero es así.

Sherman dio rápidamente la vuelta a la mesa y apresó a su hermano por el cuello de la camisa. Dio un tirón violento y lo izó acercando su cara a la de él.

—¡Di que estás mintiendo, Ferd!

—No, Sherman. No estoy mintiendo.

El puño izquierdo de Sherman se estrelló contra la cara de Ferd, pero no llegó a caer porque O'Brien lo sujetaba fuertemente.

—¡Di que me estás engañando, Ferd!… ¡Dilo rápidamente antes de que te estrangule!

La cara de Ferd reflejó un gesto de pánico.

—¡Es la verdad, Sherman!… ¡Escúchame y no te excites!… Nancy salió ayer por la tarde a dar un paseo. A mí me pareció un poco extraño. Decidí seguirla. Se detuvo a unas dos millas de aquí, en el farallón del «Esqueleto»… Yo me escondí para que no me viese. Al poco rato apareció el ingeniero… Se sentaron a la sombra y se pusieron a hablar.

—¿Qué más?

—Sólo eso.

—¿Hablaron nada más?

—Sí, Sherman.

—¿Cuánto tiempo?

—Cosa de media hora.

—¿Y luego?

—Luego se despidieron.

Sherman cerró los ojos y los abrió.

—¿Se besaron?

—No, Sherman. Sólo se dieron la mano y luego ella regresó al rancho y me imagino que él volvería al río San Joaquín.

Hubo otra pausa. Sherman respiraba jadeante.

—Mírame a los ojos, Ferd.

Nolan obedeció.

Sherman observó durante un rato las pupilas de su hermano. Finalmente lo arrojó contra el sillón.

Ferd rebotó en el mullido asiento y golpeó las caderas contra el suelo.

—Sé que te haría daño y no quería decírtelo.

—¡Cállate! —gritó Sherman.

O'Brien
paseó por la estancia mesándose los cabellos.

—De modo que ella se ve con Rosh… ¡Los muy traidores!…

—Es mejor que te estés quieto, Sherman.

—¿Estarme quieto?… ¿Crees que puedo estarme quieto? ¡Yo les enseñaré a esos bandidos! ¡A los dos!… ¡A ella y a él!

—No puedes hacer nada, Sherman. Ella no es tu esposa. No puedes impedir que ame a Aldo Rosh.

—¿Quién dice que no? ¿Tú, Ferd?… ¿Tú dices que no?… ¡Yo te demostraré que estás equivocado!

Ferd se puso en pie enjugándose el sudor de la cara con el dorso de la mano.

—Abandona toda idea de venganza, Sherman.

—Ahora lo has dicho bien. Venganza… Venganza… Eso es lo que he de hacer, pero no creas que lo haré enseguida. He de pensar… Necesito a Rosh. Todavía no ha terminado el plano de la presa. Quizá le queden cuatro o cinco días… Tendré que soportarlo hasta entonces. —Sherman guardó un silencio golpeando el puño cerrado contra la palma de la mano izquierda—. Pero cuando él haya acabado, ya no me será imprescindible. La obra podrá ser realizada por su ayudante o por cualquier hombre que traiga de Phoenix, y entonces habrá llegado mi hora. ¿Lo oyes, Ferd?… ¡Habrá llegado mi hora!

—Sí, Sherman.

—No quiero que la sigas más.

—Pensé hacerlo para ayudarte.

—Ya me has ayudado bastante. Ellos podrían descubrirte y entonces todo se vendría abajo. Quiero que se consideren tranquilos, que piensen que siguen engañándome.

—Sí, Sherman.

—Anda, vete ya.

Ferd salió de la habitación y luego de la casa. Mientras caminaba hacia el recinto de las reses, sus labios sonreían. Todo había salido mejor de lo que cabía esperar. Sherman lo había creído a pies juntillas. No; él no había vuelto a ver a Nancy en compañía de Aldo Rosh. Todo aquello del encuentro de los dos jóvenes en el farallón sólo había sucedido una vez, cuando el ingeniero mató la serpiente de cascabel. Con posterioridad, solamente los había visto juntos aquel día en que regresaron de Cap Shaw, después que Aldo se cargó a los compinches de Johnny «El Limpio». Era cierto que le había prometido a Nancy no decir nada a su hermano, pero había tenido oportunidad de pensar mucho acerca de todo lo que estaba ocurriendo en «Los Álamos» a partir del día en que llegó Nancy Hadden. Se mascaba la tragedia en el aire y él sólo estaba haciendo que adelantara. Ahora tenía la impresión de que Sherman, Nancy, Aldo y él estaban rodeados por barriles de dinamita y que, de un momento a otro, todos ellos iba a hacer explosión. Pero tenía la mecha en su poder y no dejaría que nadie la encendiese más que él, porque de esa forma tendría tiempo para ponerse a resguardo.

Todo saldría bien y, muy pronto, el dueño de «Los Álamos» no sería Sherman, sino Ferd Nolan, y a su lado tendría una mujer y ella sería Nancy Hadden. En cuanto a Sherman y a Aldo, prometió poner una corona en sus tumbas.

CAPÍTULO X

Sherman se acercó por detrás a Aldo Rosh, el cual estaba trazando unas líneas sobre un plano.

—¿Cuándo va a acabar, ingeniero?

El joven alzó los ojos sonriendo.

—Mañana quedará listo.

—Ha trabajado sin descanso. Yo no entiendo mucho de presas pero creo que la suya será una obra de categoría.

—Sólo puedo decirle que la he cuidado como si el trabajo lo hubiese realizado en el estado de Nueva York.

—Estoy seguro de que es así. —Sherman hizo una pausa—. Quiero que venga esta noche a cenar a mi casa.

—Preferiría terminar el plano.

—Ya lo hará mañana. Según parece, sólo le queda trazar unas rayas… Usted lleva aquí una semana completa y es justó que descanse un poco.

—Está bien, Sherman. Iré.

—A las siete, recuérdelo.

Rosh hizo un gesto afirmativo y Sherman se retiró.

Nerril Tracy llegó jadeando después de haber subido la ladera.

—Acabo de encontrarme con Sherman y no me ha gustado su cara. ¿Qué habéis discutido?

Aldo arrugó el entrecejo.

—No hubo ninguna discusión. Todo lo contrario. La entrevista transcurrió con jovialidad y me invitó a ir a su casa esta noche.

Tracy se pasó la lengua por el labio inferior.

—Es extraño —murmuró.

Aldo sacudió la cabeza.

—Eres un tipo estupendo imaginando cosas.

—Es posible que las haya imaginado y de la casualidad de que todas se relacionan con Nancy Hadden.

—¿Qué pasa con Nancy Hadden?

—En primer lugar ella es una mujer demasiado hermosa; en segundo término, me da la impresión de una oveja entre una manada de lobos y, por último, ella se ha tomado demasiado interés por ti.

—¿Cuándo lo has soñado, Nerril?

—Pareces olvidar que esta semana he ido cuatro veces a la casa, siempre a la misma hora, a las once, para traer la madera que necesitamos. ¿Y qué crees que ha ocurrido?

—No lo sé, dilo tú.

—Nancy siempre me ha estado esperando en el mismo lugar, justo en la nave donde estaba la madera.

—Eso es que le has caído simpático.

—Pero se da el caso curioso de que todas nuestras conversaciones giraron acerca de un individuo llamado Aldo Rosh.

—¿Por qué?

—Ella me preguntó.

—Podías haber eludido el tema.

—¿Es que no conoces cómo son las mujeres, muchacho? Ella se las arregló bien para llevar el diálogo por donde le interesaba. El caso es que tú siempre estabas en danza. —Nerril bajó el tono de su voz—. Sólo me faltó señalar el lugar donde tienes el lunar.

—Muy gracioso. Naturalmente, le hablaste de Laura.

—Sí.

—Y le dirías que ella y yo nos vamos a casar.

—No. Sólo le dije que ella te quería, y que tú todavía no le habías dado el sí.

Aldo sacudió la cabeza.

—¿Cuándo te vas a convertir en una persona seria, Nerril?

—Nunca antes de morirme. ¿Qué gana uno con tomarse las cosas en serio?

Rosh se quedó pensativo unos instantes y de pronto preguntó:

—¿Qué sabes de ella?

—Nada.

—¿Nada? De modo que Nancy se enteró de todo lo que me concierne y tú no la has sometido a ningún interrogatorio acerca de

su vida antes de llegar a «Los Álamos».

Nerril se pasó la lengua por el lado interior de la boca y luego dijo en tono zumbón:

—¿Empieza a interesarte, muchacho?

—¡Vete al infierno!

Faltaban pocos minutos para las siete cuando Aldo llegó a la casa de Sherman. Ató las bridas del caballo al poste y justamente en ese instante el dueño de la casa salió por la puerta.

—Celebro que haya venido, Rosh.

A Aldo no le gustó el tono de aquella voz. Había demasiada jovialidad en Sherman y ésa resultaba extraño en un tipo tan violento y duro como él.

Fueron al despacho de Sherman donde estaba Ferd sentado en un sillón.

—¿Cómo le va, ingeniero? —preguntó éste.

—Perfectamente.

Aldo se arrepintió al instante de haber ido allí aquella noche. Prefería la compañía de Nerril a la de aquellos dos hombres.

Pero de pronto oyó una voz a su espalda.

—Buenas noches.

Giró sobre sus talones descubriendo en el hueco de la puerta a Nancy Hadden. La joven estaba resplandeciente de hermosura con aquel vestido de color verde, muy escotado, que cubría sus esculturales formas. Ahora cambió de opinión. Valía la pena haber ido allí sólo por verla a ella.

Sherman y Ferd se habían quedado sin habla ante la aparición de la hermosura y tuvo que ser él, Aldo, quien correspondiese al saludo.

—Buenas noches, señorita Hadden. Por unos instantes he creído que usted formaba parte de un cuadro.

Ferd dijo:

—¿Lo has oído, Sherman? El ingeniero también sabe decir cosas bonitas a las mujeres.

Sherman rió aunque se notó bien a las claras que lo hacía forzadamente.

—Quizá me anime a contratarlo para que me de unas cuantas lecciones.

Ferd soltó una risotada y Sherman giró la cabeza bruscamente

fulminándolo con la mirada.

—¡Calla, estúpido!

Ferd dejó de reír poco a poco.

Nancy se dirigió a Aldo como si nada hubiese ocurrido entre los dos hermanos.

—Sus palabras han sido muy amables, señor Rosh.

Sherman recobró su buen humor, acercándose a la joven.

—Eres un portento nena, te lo digo yo. No hay otra mujer más hermosa que tú desde Cap Shaw hasta la frontera de Méjico.

Puso sus manos sobre los brazos desnudos de la joven y la atrajo contra sí.

Nancy supo que él la iba a besar en la boca y dobló rápidamente la cara y de esa forma recibió el beso en la mejilla. En aquella posición sus ojos observaron a Aldo Rosh y le pareció percibir en los de él un brillo extraño.

Sherman se apartó de la joven pero la mantuvo asida del brazo mientras se volvía hacia Rosh.

—¿Qué le parece, ingeniero? Ésta es la mujer que va a ser mi esposa.

Sobrevino un silencio en la estancia y luego Rosh se inclinó levemente diciendo:

—Mi enhorabuena.

Nancy se mordió el labio inferior con fuerza. De buena gana hubiese gritado cuáles eran sus sentimientos. No; no quería a Sherman O'Brien; nunca había estado enamorada, pero ahora tenía la seguridad de que Aldo Rosh era el hombre.

—Bueno, vamos a cenar —dijo Sherman—. Sería capaz de comerme un búfalo crudo.

Nancy y Aldo apenas dijeron nada durante la cena.

Y tampoco Ferd hizo gala de su oratoria. Sólo Sherman habló y habló casi ininterrumpidamente y el tema de su conversación fue el rancho.

Estaban bebiendo el café cuando llamaron a la puerta muy aprisa.

Sherman autorizó la entrada. Penetró en la estancia *Baby* Saxon, el cual dio vueltas al sombrero nerviosamente.

—¡Nos han atacado los ladrones de ganado, patrón!

Sherman se levantó de un salto.

—¿Dónde?

—Traíamos para acá el ganado cuando fuimos sorprendidos en el Valle Seco.

—¿Cuántos eran?

—Yo conté seis… Cuando nos fuimos a dar cuenta habían conseguido dividir el ganado y arrearon con una de las puntas.

—¿Hacia dónde fueron?

—Hacia las Colinas Blancas. Joshua les siguió la pista. Dijo que nos esperaría al pie de los montes.

—Está bien, vamos allá. Tú también eres de la partida, Ferd.

—Sí, Sherman.

Sherman miró a Nancy.

—Lo siento pequeña, pero el deber es lo primero.

Rosh se puso en pie.

—Yo también regresaré a la presa.

—¿Por qué, señor Rosh? Estoy seguro de que dentro de un par de horas estaremos otra vez aquí.

Rosh titubeó unos instantes.

—Está bien, me quedaré todavía un rato pero he de regresar allá porque quiero madrugar.

Sherman hizo una señal con la cabeza a Ferd y se dirigió hacia la puerta pero en el camino se detuvo ante la joven y, poniendo las manos en sus hombros, se agachó sobre ella y la besó de nuevo en la mejilla.

Luego el ranchero salió seguido por *Baby* Saxon y Ferd Nolan.

Nancy y Rosh quedaron sumidos en un silencio. Al cabo de unos instantes oyeron el galope de los caballos que fue perdiéndose poco a poco a lo lejos.

—¿Le importa que salgamos fuera? —sugirió de pronto Nancy—. Esta atmósfera me ahoga.

—Se lo iba a sugerir.

Los dos jóvenes salieron al porche de la casa. Las estrellas titilaban en el firmamento y el aire estaba completamente en calma.

Aldo se sentó en la baranda y se puso a liar un cigarrillo. Arrojó una bocanada de humo diciendo:

—De modo que se va a casar con él.

—No.

Había una distancia de una yarda entre ellos.

—Sin embargo él está convencido de que usted va a ser su esposa.

—Yo no le quiero y no me casaré con él.

—¿Por qué ha dado usted lugar a esta situación?

—No lo entiendo.

—Me comprende perfectamente. Ferd Nolan también la quiere.

Ella lo miró con ojos centelleantes.

—¿Supone usted que yo he comprometido a Ferd?

—No, Nancy. Usted no necesita comprometer a nadie. Le basta mostrarse como es, al natural, para provocar las más violentas pasiones en seres como Sherman O'Brien o Ferd Nolan. Esto no es Denver o Phoenix o cualquier otro pueblo. Como dijo mi ayudante, nos encontramos en un lugar del infierno y, hasta cierto punto, resulta admisible que cuantas personas vivan aquí tiendan a convertirse en demonios. Ellos pasan los meses sin ver a una mujer, y puede que años hasta encontrar a una como usted… Usted es la culpable de cuanto va a ocurrir entre esos dos hombres.

—¡No le consiento que me hable así!

—Le guste o no, le estoy diciendo la verdad. ¿Por qué vino aquí? ¿Por qué, Nancy?

—¡Es usted un monstruo!

—Le he hecho una pregunta. Contéstela.

De pronto la joven emitió un sollozo y escondió la cara entre las manos mientras se volvía dando la espalda a Rosh.

Aldo vio como los hombros femeninos se estremecían. Sintió deseos de acercarse a ella y estrecharla entre sus brazos pero se contuvo dando una larga chupada al cigarrillo.

Entonces oyó la voz hueca de Nancy Hadden.

—Decidí marcharme de San Luis porque estaba asqueada… Quedé huérfana muy pequeña. Un matrimonio me acogió. Todo fue bien hasta que cumplí los quince años. Entonces me di cuenta de que él no me miraba como a una hija suya. Logré huir de la casa antes de que sobreviniese lo peor… Entré a trabajar en un hotel y tampoco pude estar allí mucho tiempo por culpa del dueño. Luego

fue un bar y más tarde un almacén… Y en todas partes ocurría lo mismo… Conocí a una muchacha que se encontraba en las mismas condiciones que yo. Juntas alquilamos un apartamento. Ella se llamaba Ellen. Se enamoró de un hombre y un día, al llegar a casa, la encontré tendida en el suelo. Se había enterado de que su presunto novio era un hombre casado. Esa noche intentó suicidarse cortándose las venas pero por fortuna yo lo evité. Fue internada en un hospital.

Nancy guardó silencio y volvió la cara hacia Rosh.

—¿Lo ha oído todo?

—Sí, hasta la última palabra.

—¿Cómo quiere que piense de los hombres? Todos se han portado conmigo como fieras, como seres irracionales… Usted encuentra diferencia entre Sherman O'Brien y Ferd Nolan y los hombres de Phoenix o de Denver, pero se equivoca. Son iguales en todas partes. En Nueva York, en San Luis y en Cap Shaw. La única diferencia consiste en que en los lugares donde se consideran civilizados no exteriorizan sus pasiones de una forma tan primitiva como aquí… Al final estaba cansada, a punto de volverme loca… Y entonces cayó en mis manos aquel periódico y leí el anuncio de un hombre que deseaba tomar esposa… Y lo que me gustó de él era que no vivía en San Luis ni en Chicago, ni en Omaha, sino en un lugar perdido que era totalmente desconocido para mí… Cap Shaw, Arizona. Pensé que quizá tendría suerte. Le escribí preguntando cómo era esto y él me contestó haciendo una descripción bastante exacta y yo pensé que Cap Shaw siempre sería mejor que San Luis.

La joven guardó otro silencio.

—Ahora ya lo sabe todo, señor Rosh.

—Lo siento… Siempre he dicho que uno no debía precipitarse al juzgar a las personas y me temo que me he excedido un poco con usted.

—Intenté marcharme al poco tiempo de llegar aquí porque me di cuenta de que Cap Shaw no iba a ser un remedio a mi mal… pero Ferd lo impidió.

—¿Ferd?

—Usted mismo dijo antes que él me quería.

—Sí, pero creí que todavía no le había dicho nada.

—También él puso sus cartas boca arriba. Durante muchos años ha estado soportando a Sherman y ahora parece que está dispuesto a convertirse en el dueño de «Los Álamos».

—Y en el de usted.

—Sí.

—Es un bonito panorama.

—Lo resolveré enseguida.

—¿De qué forma?

—Me iré esta misma noche.

—¿A dónde, Nancy?

—No lo sé ni me importa. Montaré en un caballo y tomaré cualquier dirección o quizá deje que sea el animal quien elija.

Aldo dio un paso hacia ella y luego otro. Se detuvo a su lado mirándola a los ojos.

—Tú no harás eso.

La joven parpadeó, mirándolo también fijamente.

—¿Por qué no, Aldo?

—Porque te quiero.

Hubo una pausa.

—Eso es falso… No me amas, Aldo… Sólo lo dices porque sientes piedad de mí.

Él le pasó el brazo por la cintura y la atrajo contra sí besándola fuertemente en la boca.

La mantuvo así un rato y luego separó sus labios unas pulgadas preguntando:

—¿Quieres alguna otra prueba?

—Oh, Aldo —dijo Nancy y le rodeó el cuello con los brazos siendo ella ahora la que unió su boca a la de él.

Otra vez se separaron y Aldo le tomó las manos apretándolas suavemente.

—Tú y yo nos marcharemos mañana.

—No quiero destruir tu vida, Aldo.

—¿De qué hablas, Nancy?

—Nerril me lo contó… Tú te vas a casar con Laura Malone, la mujer más rica de Phoenix. Su padre es un gran financiero.

—Entre Laura Malone y yo no existe nada.

—Ella te quiere.

—Sólo soy un capricho para ella. Jamás me hubiese casado con Laura, aunque a ti no te hubiese conocido.

—Pero Aldo… Su padre te abrirá el camino. Podrás construir cosas mejores que la presa de Cap Shaw.

—No me asusta la lucha y, por el contrario, me produce náuseas el favoritismo, aun cuando yo mismo fuese el más beneficiado. Puedes estar tranquila.

—Yo no soy nadie, Aldo.

—Eres la mujer que yo quiero y eso me basta.

—Oh, Aldo, pero están Sherman y Ferd… ¿Cómo nos vamos a ir mañana? No puedes abandonar la presa que te has comprometido a construir.

—A partir de mañana, mi presencia no será necesaria. Terminaré el plano y Nerril o cualquier otro ayudante puede encargarse de la construcción. Será cosa fácil, y en cuanto a los dos hermanos, les haré entrar en razón.

—¿Crees que te van a escuchar?

—Los obligaré a ello, si es preciso.

—No puedes hacer eso, Aldo. Te matarán.

—No es mi intención matar a nadie pero defenderé mi vida y la tuya contra quien sea.

La joven se abrazó otra vez a él aplastando la cara contra el pecho varonil.

—Tengo miedo, Aldo.

Él le acarició el brazo.

—Has de confiar en mí.

—¿Cuándo vendrás al rancho?

—A media tarde, cuando haya terminado mi trabajo en el río. Quiero que estés preparada para entonces. Emprenderemos enseguida la marcha.

—Sigo pensando que es una locura, una terrible locura… Pero estaré contando las horas, los minutos hasta que tú estés conmigo.

Aldo la besó en el cabello.

—Ahora debo marcharme; Nancy. No quisiera que Sherman o Ferd me encontrasen aquí a su regreso.

—Sí, Aldo.

Se besaron otra vez en la boca y luego Aldo le acarició la cara y se desprendió de la joven bajando el porche.

Montó en la silla y se volvió hacia ella.

—Hasta mañana, Nancy.

Luego espoleó su cabalgadura y ésta emprendió un trote corto alejándose poco a poco.

Nancy permaneció en el porche hasta que Aldo se perdió en la oscuridad. Entonces, acariciándose la mejilla que él había tocado, se metió en la casa.

A veinte yardas, junto a un montón de madera que estaba siendo empleada en la construcción de la presa, se hallaban Sherman O'Brien
y Ferd Nolan. Los dos habían visto perfectamente la escena que se había desarrollado en el porche entre Nancy Hadden y Aldo Rosh. Ahora tuvieron que agacharse cuando el ingeniero pasó a caballo cerca de ellos, camino del San Joaquín.

—¿Por qué has hecho esto, Sherman? —preguntó Ferd—. Tú mismo les has facilitado la oportunidad de verse otra vez.

—No te creía.

—¿Cómo?

—Estaba seguro de que me habías mentido, de que entre ella y él no existía nada. Durante los últimos días estuve merodeando por la cabaña de Rosh y él no se movía de allí ni me preguntaba acerca de Nancy. Entonces decidí provocar este encuentro.

—Confieso que fue una buena idea de que *Baby* Saxon apareciese diciendo que los ladrones de ganado habían atacado el rebaño.

Sherman tenía los ojos fijos en el porche, en donde ahora no había nadie.

—De modo que era verdad… Ella y él… Esa perra traidora.

—Cálmate, Sherman —dijo Ferd cuyos ojos brillaban regocijados.

—No puedo calmarme —rugió Sherman—. Esa mujer me ha sorbido el seso y no voy a consentir que nadie me la quite.

—¿De qué habrán hablado en el porche?

—No los he oído pero lo puedo suponer… Rosh terminará mañana el plano de la presa. Ya no hará falta su presencia… Seguro que pretende largarse con la muchacha.

—Es un bonito plan.

—¡Cállate!

—¿Qué vas a hacer para impedir que se fuguen? Si no pueden hacerlo mañana, lo harán cualquier otro día. Hasta es posible que lo hayan arreglado bien.

—¿Qué quieres decir?

—Aldo Rosh se marcha primero y simula que entre él y ella no pasa nada, nos da tranquilamente la mano a todos y emprende el regreso a Phoenix… Naturalmente, Nancy se queda aquí pero dentro de unos días descubrirás que ella ha desaparecido. Ellos se reunirán en Phoenix y se carcajearán a tu costa.

—¡No va a ocurrir nada de eso!

—Ese tipo es listo.

—No tanto como yo.

—Y tira muy bien con el revólver. Mató a dos de los fulanos de Johnny «El Limpio» y ya te he contado como hizo volar el revólver de mi mano.

—Hasta ahora no ha tenido enfrente a un verdadero competidor.

—¿Quieres decir que te vas a batir con él frente a frente?

—Sí. Y te prometo otra cosa. Le arrancaré la cabeza de cuajo al primer disparo.

—¿Por qué arriesgarse, Sherman?

—¿Qué quieres decir?

—Se puede balear a un hombre por la espalda. Aquí es como si nadie se enterase.

La mano derecha de Sherman se estrelló contra la cara de Ferd, quien se derrumbó hacia atrás lanzando un grito.

Sherman echó a andar hacia la casa pero de pronto se detuvo y volvió la cabeza mirando a Ferd que se estaba incorporando.

—Tú dejarás quieto el revólver, Ferd, y ya sabes a lo que me refiero… Quiero ser yo quien acabe con Aldo Rosh.

Ferd se tocó la parte de la cara que Sherman le había golpeado.

—Sí, Sherman.

El dueño de «Los Álamos» giró de nuevo y emprendió la marcha hacia la casa.

Ferd observó la marcha de su hermano y de pronto su mano derecha subió poco a poco hacia el revólver. Sus dientes se apretaron viendo las anchas espaldas de Sherman. Sí; ahora no podía fallar. Le sería muy fácil meterle una bala entre los omoplatos. Sería muy sencillo. Bastaría con que desenfundase el

arma e hiciese fuego.

Pero no sacó el revólver y poco después Sherman entraba en la casa.

Entonces Ferd murmuró:

—Si él no acaba contigo, Sherman, yo seré quién lo haga.

Capítulo XI

Nerril Tracy se quedó perplejo cuando oyó de labios de Aldo Rosh lo que éste se proponía hacer.

—No tienes derecho a tirar tu porvenir por la borda, Aldo —exclamó cuando el joven hubo enmudecido.

Se encontraban en la cabaña y ahora Aldo estaba haciendo su valija. Eran las tres de la tarde.

—Ejerceré mi carrera en Phoenix y yo seré feliz al lado de mi mujer, de Nancy. Eso es lo único que me importa.

—¿Y esos grandes proyectos tuyos como el del puente de Brooklyn?

—Enviaré el plano al concurso que han organizado y si lo eligen para realizarlo será por méritos propios.

—Pero con Laura la cosa sería fácil. Es seguro que tú serías el ingeniero que llevaría a cabo el proyecto.

—No me hables más de eso.

—Nunca podía imaginar que resultases un romántico.

Aldo sonrió.

—Si no estuviese seguro de que en tu fuero interno estás conforme, te rompería la crisma.

Nerril sacudió la cabeza.

—Lo malo es que tienes razón.

—Y no has de preocuparte con respecto a lo del puente de Brooklyn. Por fortuna, en nuestro país el hombre que trabaja tiene vía libre, y yo ahora siento más deseos de trabajar que nunca. Me abriré camino pese a quien pese.

—Pero primero has de salir de Cap Shaw.

—Nancy y yo nos largaremos esta tarde.

—Al parecer, crees que eso va a ser muy fácil.

—No, ya sé que no.

—Se opondrá Sherman y ya puedes estar seguro de que también su hermanastro. Ese tipo de mente retorcida jugará también su baza.

—Estoy preparado.

—Sí, me imagino que lo estás para una lucha cara a cara pero ¿qué pasará si ellos se deciden por lo otro, por la cuchillada o el balazo por la espalda?

—Ellos se tienen por muy hombres y, si hay pelea, espero que lo hagan con nobleza. —Aldo hizo una pausa—. Aunque sinceramente, preferiría que todo se pudiese arreglar sin necesidad de que corra la sangre.

—Tú sabes que eso no va a ser posible.

Aldo cerró la valija y echó una mirada a la habitación. Luego sus ojos quedaron fijos en la cara de Nerril.

—Bien, muchacho. Siento dejarte. Cuando salimos de Phoenix pensé que mi estancia contigo sería un poco más larga.

—Ya no me sirves, Aldo. Esa presa la puedo construir yo con los ojos cerrados. —Nerril sonrió mientras agregaba—: Gracias a que tu plano es realmente algo maravilloso.

—Cuando termines con esto quiero que pases por casa. Nancy y yo te estaremos esperando y puedes estar seguro de que nos irán las cosas tan bien que no vas a parar de trabajar conmigo.

Los dos amigos cambiaron un apretón de manos.

—¿No será mejor que vaya contigo, Aldo?

—Prefiero ir solo.

—Lo suponía pero no me costaba nada intentarlo. —Nerril dio un suspiro—. Espero que todo salga bien.

—Saldrá, Nerril. Hasta Phoenix.

—Buena suerte.

Poco después Aldo, montado en su caballo, partía en dirección al rancho «Los Álamos».

Cuando se aproximaba a la casa no vio a nadie por los alrededores.

Descabalgó ante el porche y ató las bridas.

La puerta de la casa estaba abierta.

Llegó al vestíbulo y se detuvo.

—¡Luis! —llamó al criado.

No recibió ninguna respuesta y eso le produjo cierta alarma.

—¡Nancy! —dijo.

Tampoco hubo contestación.

De pronto se abrió una puerta a la derecha y giró rápidamente llevando la mano al revólver.

Sherman O'Brien apareció en el hueco.

—Buenas tardes, señor Rosh. ¿Quiere pasar a mi despacho?

El joven permaneció un rato inmóvil y finalmente hizo un gesto afirmativo y echó a andar.

Primero entró Sherman y a continuación Aldo. En el despacho no había otra persona.

Sherman fijó los ojos en los de Aldo.

—¿Ha terminado ya su plano, señor Rosh?

—Sí. Quedó en poder de Nerril.

—Estaba en la ventana cuando usted ha llegado y le he visto la valija. ¿Es que nos abandona ya, señor Rosh?

—Sí, Sherman. Ya terminé mi trabajo.

—¿Cree que Nerril podrá rematar la presa?

—No tengo ninguna duda de ello. Nerril es un hombre competente y ya ha trabajado conmigo antes de ahora. Él y yo nos comprendemos perfectamente.

—Lo celebro. —Sherman se acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Me imagino que querrá cobrar antes de marcharse.

—Creo que voy a necesitar el dinero.

Sherman caminó hacia la mesa y abrió una pequeña arca de hierro de la cual extrajo cuatro fajos de billetes que fue dejando en el borde más cercano adonde se hallaba Aldo.

—Ya le pagué lo que le costaron los materiales, de modo que sólo le falta recibir sus dos mil dólares de honorarios. Ahí los tiene.

Aldo tomó el dinero y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta sin contarlo.

—Gracias, O'Brien.

—Soy yo quien debo darle las gracias porque estoy seguro de que la presa de Cap Shaw será una buena obra cuando esté terminada.

—Cuando quede terminada, usted comprobará una cosa, Sherman.

—¿El qué?

—Podrá disponer de cuanta agua quiera para su tierra sin quitar una sola gota de la que necesiten los chickasaws.

—No se preocupe, esos indios tendrán el agua que usted se comprometió a darles. —Sherman se acercó al joven y le tendió la mano—. Celebro haberle conocido y le deseo un buen viaje de regreso a Phoenix.

Aldo observó la mano del ranchero pero no se la estrechó.

—Aún no hemos terminado, O'Brien.

—¿No? Yo creí que sí. ¿Le debo alguna cosa más? Oh, sí, usted se refiere a los mil dólares de su ayudante.

—No, Sherman. Usted le pagará a él los mil dólares.

—¿De qué se trata entonces?

—De Nancy.

Sherman arrugó el ceño.

—¿Nancy? —repitió.

—Sí. La muchacha que vino de San Luis para casarse con usted.

—No le comprendo, señor Rosh.

—Ella se va a venir conmigo.

Sherman quedó con las cejas enarcadas mirando al ingeniero y de pronto se puso a reír. Primero lo hizo con suavidad y de pronto soltó una fuerte risotada apoyando las manos en la mesa que estaba detrás.

Mientras daba rienda suelta a su forzado jolgorio, oyó la voz de Aldo.

—Celebro que se lo tome así, Sherman.

O'Brien dejó de reír poco a poco y luego en la estancia reinó un gran silencio.

—Escuche bien, Rosh. Me ha rendido un gran servicio y ya todo acabó entre nosotros. Decidió bien al no prolongar más su estancia en «Los Álamos» y ahora va a hacer una cosa. Dé media vuelta y salga de esta casa, monte en el caballo y emprenda el viaje a Phoenix sin detenerse un instante.

Sobrevino otra pausa. Los dos hombres se estaban mirando

atentamente.

—No, Sherman. No voy a hacer nada de eso. Pienso irme a Phoenix y me interesaría emprender el viaje cuanto antes. Pero Nancy vendrá conmigo.

—¿Qué le pasa, ingeniero? ¿Es que ha creído que podía llevarse de aquí lo que le viniera en gana?

—No enfoque así las cosas, Sherman.

—¿Cómo las voy a enfocar?

—Nancy me quiere y yo la quiero a ella. Usted debe respetar la voluntad de la chica.

—Ya eligió cuando contestó a mi anuncio.

—Sólo le escribió a usted porque creyó que aquí encontraría una tabla de salvación. Era una mujer perseguida. Jamás ha tenido un hogar y su experiencia de la vida era bastante amarga. No podía permanecer un día más en San Luis. Ella pensó que en este lugar apartado de la tierra encontraría la paz y la tranquilidad que echaba de menos.

—Estupendo, Rosh. Me ha hecho un gran favor al contarme todo eso. Aquí ella encontrará ese hogar que nunca tuvo y gozará de la paz y de la tranquilidad que deseaba.

—Existe un motivo muy importante para que ella renuncie a todo lo que usted le pueda ofrecer. Ella no lo quiere.

—Eso es algo que me tiene sin cuidado.

—Ya veo que es inútil hablar con usted, Sherman. Nunca lo convencería.

—Nunca.

—Pero yo estoy dispuesto a llevármela conmigo.

—Y yo a que ella se quede.

—¿Por qué no deja que sea Nancy quien elija?

Sherman dejó correr unos segundos y finalmente dijo:

—Muy bien. Dígale que venga.

—¿Cuál es su habitación?

—Tercera puerta de la derecha.

Aldo salió de la estancia y llamó a la puerta que Sherman le había indicado. No oyó la voz autorizando la entrada.

—¡Nancy!

Al no obtener tampoco respuesta abrió la puerta y penetró en el dormitorio de la joven pero ésta no se encontraba allí.

Salió fuera y abrió otra habitación y luego otra, sin dejar de llamar a la muchacha.

Llegó hasta la cocina.

Luis tampoco estaba por ninguna parte.

Entonces Aldo regresó al despacho. Sherman se encontraba en el mismo lugar donde él lo había dejado.

—¿Dónde está Nancy? —preguntó Aldo sintiendo que a cada segundo la sangre le hervía más en las venas.

—No lo sé.

—Ella sabía que yo vendría a estas horas y que inmediatamente emprenderíamos la marcha a Phoenix.

Sherman sonrió.

—Ahí lo tiene, Rosh. Nancy le ha dado la respuesta a su proposición. No quiere ir con usted. Probablemente se ha ido a dar un paseo.

—No lo creo, Sherman.

—Lo siento mucho pero le recuerdo que está perdiendo un tiempo precioso. Muy pronto será de noche y creo que, tal como están las cosas, a usted no le conviene estar muy cerca de «Los Álamos».

—Nunca me han asustado las amenazas, Sherman. Y yo también le voy a decir otra cosa. Está agotando mi paciencia.

—Salga de aquí, Rosh.

—Sólo lo haré cuando me diga qué es lo que ha hecho con Nancy.

—Está jugando con fuego, ingeniero, y ya está a punto de quemarse.

—¿Dónde la tiene?… ¡Dígalo, Sherman!… ¿Dónde?

O'Brien guardó silencio.

Rosh se abalanzó sobre él pero Sherman estaba preparado para aquella embestida y lo recibió golpeándole con el puño en el riñón. El joven giró como una peonza manteniendo los pies en el mismo lugar donde lo había sorprendido el golpe y luego Sherman lo cazó en la mandíbula.

Aldo rodó por el suelo pero se incorporó rápidamente. Por la comisura de la boca le corría un hilillo de sangre.

Sherman sonreía cerrando y abriendo los puños.

—Me gusta esto, señor Rosh… Pensaba meterle una bala en el pecho pero no es mala idea la de acabar con usted a puñetazos.

Aldo avanzó otra vez sobre su enemigo pero ahora lo hizo más lentamente.

Amagó con la izquierda y Sherman picó el anzuelo porque trató de bloquear un golpe inexistente y fue la derecha del joven la que lo alcanzó en el hígado. Se dobló en dos abriendo mucho la boca para tragar aire y Aldo aprovechó el momento para cerrársela de un terrible zurdazo.

Sherman dio una vuelta de campana sobre la mesa y se derrumbó por el otro lado.

Aldo cometió un error porque, llevado del propio impulso, apoyó las manos en la mesa encorvándose mientras respiraba.

No conocía a Sherman ni, por tanto, su capacidad para encajar los golpes. De pronto el ranchero se levantó con toda la furia reflejada en los ojos y, al ver que tenía delante de sí al joven, le descargó el filo de la mano en la nuca.

Aldo estrelló la cara contra la mesa y por unos instantes quedó aturdido.

Sherman lo tomó por las solapas de la chaqueta y, levantándolo rápidamente, le estrelló el puño en la mejilla.

Aldo salió disparado y fue a estrellar las espaldas contra la puerta, la cual se desencajó aunque no se llegó a derrumbar.

El joven vio lanzarse sobre él a Sherman con los brazos abiertos, igual que un oso. Supo que si el ranchero lo apresaba entre sus brazos lo partiría en dos con la misma facilidad que si él fuese una astilla.

Se agachó rápidamente y hundió su puño en el estómago de su rival, el cual, a pesar de todo, logró incrustarlo entre sus brazos y luego, atrayéndolo hacia sí, empezó a apretar con todas sus fuerzas.

Aldo sintió que el oxígeno huía de sus pulmones. Hizo un esfuerzo por librarse de aquella presa pero comprendió que era imposible. Los brazos de Sherman eran como dos enormes tenazas de acero.

Las sienes le empezaron a latir con violencia y una nube gris se interpuso entre la cara de Sherman y su retina.

Entonces recurrió a su única arma. Proyectó hacia arriba la rodilla con todas sus fuerzas.

Sherman recibió el golpe en el bajo vientre y aflojó sus brazos. Aldo estaba preparado para aquella coyuntura y, dando un tirón fuerte, logró quedar libre.

Ahora los dos contendientes se concedieron un respiro separados por una distancia de dos yardas. Ambos se miraron y Aldo observó que los ojos de Sherman estaban inyectados en sangre.

—Todavía no te has librado de mí, Rosh… Te vas a quedar aquí, en «Los Álamos», pero sólo vas a servir de abono a la tierra.

Atrapó una silla y levantándola sobre su cabeza como si fuese un juguete la descargó sobre la cabeza de Aldo.

Éste saltó a tiempo y la silla golpeó contra el suelo haciéndose añicos.

Sherman soltó una risotada.

—¿Por qué huyes, Rosh? ¿No quieres luchar por Nancy?

—Sí, Sherman. Quiero luchar por ella y lo voy a sentir por ti.

Al oír aquellas palabras, Sherman sintió crecer la ira en su pecho y se lanzó otra vez sobre el joven. Éste lo esperó a pie firme y, reuniendo sus fuerzas en el brazo derecho, lo golpeó en el pecho.

Sherman se detuvo en seco pero ya había lanzado su brazo al aire y sus nudillos percutieron en el mentón de Rosh.

Sherman fue hacia él soltando un grito de triunfo y ahora sus manos apresaron el cuello del joven y le estrelló la cabeza contra la piedra.

Aldo empezó a caer pero instintivamente levantó las piernas hacia arriba proyectándolas contra el plexo solar de Sherman, quien retrocedió lanzando una maldición.

Aldo se puso en pie otra vez y ahora él también estaba ciego de ira.

Apartó de un patadón los restos de la silla que se interponían en su camino y, haciendo rechinar los dientes, se acercó a Sherman. Éste echó el brazo hacia atrás respirando profundamente porque quería darle un golpe de gracia que acabase la pelea.

El joven aprovechó aquel momento para castigarle otra vez al hígado.

El brazo del ranchero corrió por encima del hombro de Aldo sin encontrar ningún blanco en su camino.

Aldo se apartó un paso, tocó ligeramente con la izquierda la cara de Sherman y, cuando éste se volvía, le soltó un trallazo entre los

dos ojos.

Sherman lanzó un gemido y se desplomó en el suelo quedando con los brazos y las piernas en cruz, completamente inmóvil.

Aldo, a punto también de caer, se apoyó en el brazo de un sillón. Su cara estaba llena de sudor y de sangre y su chaqueta aparecía hecha jirones.

Sobre la mesa vio una botella de *whisky*. La agarró rápidamente y quitándole el tapón bebió un trago y luego se acercó al cuerpo yacente de Sherman. Se agachó sobre él y levantándole la cabeza con una mano, apoyó la boca del frasco en los labios vertiendo un poco de *whisky*.

El ranchero volvió en sí abriendo y cerrando los ojos.

Aldo se alejó de él con la botella en la mano.

Sherman se enderezó pero fue a derrumbarse otra vez y se apoyó en la pared que tenía detrás.

—¿Dónde está Nancy, Sherman?

—No te la llevarás.

—¿Es que quieres que te mate, Sherman?

—Está por ver.

Aldo movió la cabeza.

—A pesar de todo, no me gustaría disparar contra ti, Sherman. Engañaste a los indios pero, en cierto modo, lo tuyo tiene un gran mérito. Has luchado contra los elementos para convertir en cultivable una tierra que no merecía una gota de sudor. Sé que los hombres como tú son los que harán posible un gran país el día de mañana. Llegarás a ser un hombre perfecto si alguna vez se te reblandece el corazón… Entonces podrás hacer mucho por esos chickasaws a los que robaste la propiedad. Les darás trabajo en tus campos e incluso podrás cederles en arrendamiento algunas de las tierras que regarás con tu presa, pero eres un hombre obcecado, un tipo a quien si se le mete una idea entre los dos ojos, no vacila en llevarla a la práctica caiga quien caiga. Tú no quieres a Nancy Hadden, Sherman. Puedes prescindir perfectamente de ella… Es tu maldito orgullo el que te impide reconocer los hechos. No quieres pasar por un hombre débil porque tú también te equivocas con respecto a lo que debe ser un hombre fuerte…

—¡Basta ya de palabrería!

—¡Devuélveme a Nancy, Sherman!

—Es plomo lo que te voy a dar, Aldo Rosh.

—No muevas la mano hacia el Colt, Sherman, o te juro que tendré que partirte el corazón.

—¡Tira del revólver, ingeniero! ¡Anda, sácalo de una vez antes de que te desparrame los sesos por el suelo!…

Los dos hombres enmudecieron mirándose desafiantes. Sus cuerpos se contraían y sus manos, separadas de los costados, estaban a punto de iniciar el movimiento que a uno de los dos le iba a costar la vida.

De pronto, en aquel silencio que sólo presagiaba la muerte, se oyó una fuerte galopada y la atmósfera exterior se llenó de estampidos.

Sherman y Aldo salieron de su inmovilidad al mismo tiempo.

—¿Qué es eso? —preguntó el joven.

El ranchero corrió hacia una ventana.

Justo en ese instante un proyectil destrozó los cristales de arriba y después de cruzar la habitación se incrustó en la pared de enfrente.

Sherman se apartó rápidamente y volviendo la cara hacia Aldo exclamó:

—¡Es Johnny «El Limpio» y no viene solo! ¡Trae con él una veintena de hombres!

CAPÍTULO XII

En aquel instante los jinetes pasaron en tropel frente a la ventana.

Sherman desenfundó el revólver e hizo tres disparos seguidos.

Un aullido de dolor rasgó el aire.

Aldo sacó también el Colt y corrió al lado del ranchero.

—¡Dime ahora dónde está Nancy!

—En uno de los establos, el último que hay a la izquierda.

—¿Quien la vigila?

—Ferd.

Aldo sintió un escalofrío por la espalda.

—Fue él quien te habló de mí y de Nancy, ¿verdad Sherman?

—Sí. Ferd os vio un par de veces en el Cañón del Esqueleto.

—Ferd te mintió. Nancy y yo jamás nos encontramos intencionadamente. Todo fue casual y fuiste tú mismo quien la empujaste en mis brazos cuando anoche me trajiste invitado a tu casa.

Los jinetes de Johnny «El Limpio» dieron otra pasada y las balas aullaron por el hueco de la ventana.

Sherman había quedado inmóvil mirando con los ojos muy abiertos al joven.

—¿Entonces, Ferd…?

—Al parecer él había hecho también sus cálculos acerca de Nancy y probablemente respecto al rancho de «Los Álamos».

—No puede ser.

—No es momento para preguntarte si es cierto o falso. ¿No hay una puerta trasera?

—Sí, por la cocina.

—Quédate aquí y sigue disparando. Yo intentaré llegar al establo donde están Nancy y Ferd.

Sin esperar una respuesta, Aldo corrió agachado y salió de la habitación encaminándose hacia la cocina.

Cuando llegó a ésta, la puerta se abrió de golpe y apareció un hombre con un revólver en la mano. Todas sus trazas eran las de un forajido.

Aldo le disparó a boca de jarro porque justamente el revólver del tipo le estaba apuntando a él.

El intruso hizo una mueca al recibir el impacto en las tripas y dejó caer el arma agarrándose el vientre. Luego se derrumbó hecho un ovillo.

El joven saltó por encima del cadáver y, apenas salió fuera, un proyectil se le llevó uno de los jirones de tela que colgaban de su manga.

Sin dudarlo, se dejó caer por la escalera buscando refugio junto a un árbol que crecía a la derecha.

Otras dos balas le persiguieron en su camino. Finalmente se detuvo y se pegó al tronco, descubriendo el lugar desde donde le acababan de hacer fuego.

El tipo en cuestión, un individuo rechoncho, estaba demasiado seguro de que lo había cazado porque se encontraba enfrente, de pie, con el revólver en la diestra mientras con la mano izquierda sostenía una manzana a la que acababa de dar una dentellada.

Aldo salió del tronco diciendo:

—¡Suelta el revólver, muchacho!

Pero el muchacho no se estuvo quieto. Disminuyó su talla unas pulgadas y levantó el revólver para hacer fuego.

Rosh apretó el gatillo antes.

El proyectil se le metió por la boca al fulano y se mezcló con la manzana.

Era un bocado demasiado pesado para que su estómago lo pudiese digerir y el sujeto se abatió en tierra y quedó inmóvil mientras la manzana rodaba al quedar sin dueño.

Ahora Aldo corrió pegado a la casa.

Vio la entrada del establo.

En ese instante cuatro jinetes aparecieron por el frente. Reían desaforadamente porque ya creían que la victoria era suya.

Aldo disparó dos veces y otros tantos forajidos se derrumbaron en el polvo.

No se tomó tiempo en apretar el gatillo por tercera vez porque sabía que el tiempo estaba contra él. Saltó de nuevo hacia delante y, como los jinetes venían lanzados a su encuentro, pudo burlar la pasada.

Luego el joven se detuvo de bruces en el suelo.

Los jinetes también habían vuelto grupas.

Aldo disparó otras dos veces. Sólo el primero de los proyectiles encontró en su camino el objetivo porque el caballo del otro forajido hizo un giro.

Aldo supo que no le quedaba ya ninguna bala.

El superviviente del cuarteto de pistoleros se dio cuenta también de lo que ocurría y en lugar de disparar desde lejos avanzó sobre Aldo para rematarlo.

Rosh se levantó de un salto y tomó carrera. Se lanzó al aire sobre el jinete que avanzaba, en un salto que él mismo hubiese considerado como imposible.

Sonó un estampido y sus ojos se cegaron por un momento mientras su cerebro retumbaba.

Sus dedos aferraron un brazo y tiró de él mientras caía. Aldo pensó que la bala había estallado en su cabeza pero de repente sus ojos vieron otra vez y entonces ya no tuvo duda de que el pistolero había fallado el disparo.

Lo tenía debajo de sí y con furia reconcentrada Aldo le golpeó en el mentón.

El forajido emitió un gruñido y quedó inmóvil, privado del conocimiento.

Aldo le arrebató el revólver de la mano y siguió su carrera hacia el establo.

Ahora de la parte delantera de la casa le llegaba un nutrido fuego de revólveres y rifles lo cual quería decir que los hombres de Sherman se habían rehecho y replicaban adecuadamente a los de la pandilla de Johnny «El Limpio».

De pronto llegó a sus oídos una voz.

—¡Cuidado, Aldo…! ¡Por la ventana!

Era la voz de Nancy.

Vio la ventana a la derecha de la puerta y, sobre el alféizar, un revólver que lo estaba apuntando. Sin detener su carrera hizo fuego una vez y el arma que había en el hueco desapareció en el interior.

Luego Aldo se detuvo junto a la puerta sintiendo su respiración entrecortada.

—¡Ferd! —llamó.

—¿Qué quieres, maldito? —Le llegó la voz del hermanastro de Sherman desde el fondo del establo.

—Es preferible que arrojes el revólver y salgas por tu propio pie.

Ferd soltó una risita.

—Has matado a Sherman, ¿verdad?

—No, no lo he matado.

—Estás mintiendo. Tú y él os habéis batido pero tú fuiste más rápido. Es lo que yo imaginé.

—Te doy mi palabra de que lo dejé vivo dentro de la casa.

Ferd rió otra vez.

—Suponiendo que sea así, Johnny «El Limpio» se encargará de él.

—Ya comprendo. Tú has traído a Johnny «El Limpio» y a su pandilla.

—Te crees muy listo, ingeniero.

—Es una sucia canallada que le has hecho a Sherman, pero aún tienes tiempo para rectificar antes de que sea demasiado tarde. Sal fuera de ahí y defiende tu rancho.

—¿Mi rancho?… Nunca ha sido mío.

Seguía llegando el ruido de los estampidos desde la parte delantera de la casa.

—¡Nancy! —llamó Aldo—. ¿Dónde estás?

Oyó la voz de Ferd.

—Anda, Nancy, dile que estás con buena compañía.

Aldo se mordió con fuerza el labio inferior hasta sentir el sabor acre de la sangre. Ferd tenía prisionera a Nancy.

—¡Ferd! —lo llamó.

—¿Qué quieres, ingeniero?

—Deja libre a la muchacha. Ella y yo nos marcharemos inmediatamente.

—No, Rosh. Ella se queda y, si yo estuviese en tu pellejo, montaría en el potro que encontrase más cerca y me largaría de aquí como si me persiguiese el propio diablo.

Aldo va había situado a Ferd. Se encontraba en uno de los compartimientos del establo. Algunos caballos se movían inquietos.

Naturalmente, Ferd estaría esperando el momento en que él se dejase ver por la puerta. Por eso le estaba dando cuerda, porque confiaba en que al fin se decidiría a entrar en busca de Nancy.

—Creo que tienes razón, Ferd —repuso viendo a su espalda el caballo de uno de los jinetes que él había desmontado—. Me largo, muchacho. Los hombres de Johnny «El Limpio» están ganando.

Echó a correr hacia el potro y montó de un salto en la silla. Luego lo sujetó por las bridas porque el animal iba a alejarse hacia la casa.

Rozó los flancos con las rodillas y lo lanzó por el hueco de la puerta del establo.

Capítulo XIII

Aldo oyó un estampido y la bala silbó junto a su oreja. Luego Ferd hizo otro disparo y esta vez acertó al caballo, el cual se derrumbó estrepitosamente.

Aldo tomó impulso lanzándose por encima de la cabeza del animal.

Rodó por el suelo haciendo todo lo posible por ir a parar hacia uno de los recintos.

A sus oídos llegó la carcajada que soltaba Ferd y el grito de angustia que brotaba de la garganta de Nancy.

Ferd había cometido un error. Creyó que había alcanzado con una de sus balas a Aldo y se enderezó del lugar que había buscado como refugio.

Aldo se detuvo en el suelo y vio perfectamente el cuerpo de Ferd.

Hizo un disparo.

Ferd lanzó una maldición al recibir el plomo en el hombro y golpeó contra la valla al tiempo que dejaba caer el revólver.

Aldo se levantó rápidamente sintiendo que el sudor le bañaba todo el cuerpo.

—¡Aldo! —oyó gritar a Nancy.

La joven apareció por detrás de Ferd, quien estaba soltando imprecaciones.

—Ven aquí, Nancy —la llamó Aldo.

El rostro de la muchacha se iluminó con una sonrisa.

Empujó la puerta del recinto y corrió al lado de Aldo, el cual apartó la mano armada para que ella lo abrazase.

Ferd alzó los ojos llenos de odio.

—¡Maldito seas mil veces, ingeniero!…

—Echa a andar —ordenó Aldo—. Vamos a salir de aquí. Tú te quedas, Nancy.

—Oh, no, iré contigo.

—Todavía no ha terminado la lucha y he de ayudar a Sherman.

La joven lo miró con ojos llenos de lágrimas.

—Sí, Aldo. Ve a ayudarle.

—Andando, muchacho.

Ferd, la mano sobre la herida, caminó hacia la salida del establo.

Aldo dio rápidamente un beso en los labios de la joven y fue tras de Ferd.

De pronto éste lanzó un gemido y se desplomó en el suelo quedando de bruces.

Aldo corrió a su lado y se agachó tomando precauciones por si se trataba de una treta, pero cuando dio vuelta a Ferd pudo comprobar que, efectivamente, el hermano de Sherman se había desmayado. La camisa a la altura del hombro estaba empapada en sangre.

Volvió la cabeza descubriendo que Nancy acudía presurosa. Le arrojó el revólver al aire, diciendo:

—Voy a taponarle la herida, Nancy. Vigila la entrada y, si ves aparecer a alguien que no sea del rancho, dispara antes de hablar.

Aldo rasgó la camisa de Ferd y entonces pudo comprobar que la bala le había producido un gran desgarro aun cuando hubiese salido, Cortó la hemorragia haciendo un torniquete para lo cual utilizó un trozo de madera. Cuando hubo terminado su trabajo, Ferd aún no había vuelto en sí.

Los disparos habían disminuido y eso hacía presumir que uno de los dos bandos estaba a punto de alzarse con la victoria.

Aldo se apoderó del revólver que había utilizado Ferd contra él y se acercó a la joven.

—Te vas a quedar aquí vigilando, Nancy. Será mejor que te alejes un poco de Ferd. Su herida es grave, pero no me extrañaría que utilizase una estratagema para desarmarte cuando recupere el sentido. Debes atender especialmente a la puerta. No me puedo entretener más.

Echó a correr saliendo del establo.

Al instante le hicieron fuego desde la casa. El proyectil, mal dirigido, silbó por encima de su cabeza.

Vio al hombre que acababa de hacer fuego. Estaba en la esquina y era un tipo alto, huesudo. Aldo lo tumbó de un certero balazo y siguió avanzando.

Se detuvo en la esquina, al lado del hombre que había dejado fuera de combate, y asomó la cabeza poco a poco.

Frente a la casa el suelo estaba sembrado de cadáveres.

No vio a nadie vivo.

De pronto del interior de la casa llegó un grito. Era Sherman O'Brien.

Luego se oyeron unas risotadas.

—Hola, Sherman —dijo una voz—. ¿Te acuerdas de mí? Soy Tim Malloy.

—No te recuerdo.

—Me contrataste como peón. Yo era el fulano que tú decías que no trabajaba.

—Sí, ahora caigo, Malloy. Tú eras el más sucio vago que yo he conocido en toda mi vida, pero no te despedí porque fueses un mal trabajador sino porque me imaginé que me estabas haciendo una trastada.

—¿Qué clase de trastada, Sherman?

—Me enteré cuando ya te habías ido, Malloy. Tú habías vendido una veintena de reses. Es lo que hiciste. En lugar de cuidarlas como era tu obligación, me las robaste.

—Sí, Sherman. Es lo que hice. Y lo hubiese continuado haciendo si tú no me hubieses despedido. ¿Pero no te acuerdas de qué hiciste antes de prescindir de mí?

—Te pegué una paliza.

—Vaya. —Malloy soltó una risotada—. ¿Lo habéis oído, chicos? Después de todo, el hijo de perra tiene una buena memoria.

Aldo empezó a avanzar por el lado de la casa hacia el porche. Ahora oyó otra vez la voz de Sherman.

—¿Qué es lo que queréis?

—Johnny «El Limpio» va a ser dueño de tu rancho, ¿lo oyes, Sherman?, de tu rancho.

—No ocurrirá eso mientras yo esté vivo.

—Descuida. Tú no vas a quedar vivo cuando yo acabe contigo.

—Está bien, Malloy, dispara de una vez.

El llamado Malloy lanzó otra carcajada.

—¿Crees que va a ser tan sencillo, Sherman?… ¿Qué os parece, chicos? Sherman está convencido de que yo le voy a meter una bala en el corazón. Pobre Sherman, al fin y al cabo, resulta que es un ingenuo.

—Te equivocas si crees que voy a implorar por mi vida, Malloy.

—No, Sherman. Yo no quiero que implores por tu vida. Es otra cosa. —Malloy hizo una pausa—. Vas a implorar por tu muerte.

Rompió a reír estruendosamente y sus compinches lo corearon.

Aldo empezó a subir al porche por la baranda.

Sherman exclamó ebrio de rabia, desafiante.

—Vuestros oídos no oirán las palabras que esperáis.

Malloy habló otra vez.

—He jurado muchas veces a los muchachos que tú eras un fanfarrón, ¿lo oyes, Sherman? Un condenado fanfarrón, y ahora quiero demostrarlo. Anda, ven aquí.

—Ven tú, Malloy.

—¿Crees que esto es una pelea, Sherman? No, chico. Aquí habrá solamente uno que reciba y ése va a ser tú. Y si intentas mover un brazo contra mí, cualquiera de mis amigos te meterá una bala en la rótula… ¿Qué te parece, Sherman?… ¿Verdad que va a ser un buen espectáculo?

Aldo ya había llegado al porche. Se detuvo un instante para recuperar el resuello y ahora se deslizó silenciosamente hacia la puerta.

De pronto escuchó el restallido de un puñetazo y luego una exclamación de Sherman.

Seguidamente habló otra vez Malloy.

—¿Qué te ha parecido ese puñetazo para empezar, Sherman? Tócate los dientes, debe fallarte alguno… Pero no huyas, hombre, quiero soltarte otra caricia.

Aldo se deslizó por el hueco. Allá en el vestíbulo, había cuatro hombres en pie con los revólveres en la mano. Sherman se estaba incorporando soltando un chorro de sangre por la boca.

Los cuatro forajidos estaban de espaldas.

—¡Quieto todo el mundo! —ordenó Aldo.

Dos hombres no le obedecieron y giraron bruscamente para hacer uso de sus armas.

Aldo hizo dos disparos.

Los fulanos se estremecieron al recibir en su cuerpo las picaduras de los insectos de plomo y se derrumbaron haciendo extrañas muecas.

—¡Fuera las armas! —gritó Aldo con voz más perentoria.

Los pistoleros que habían sido más precavidos abrieron las manos y los Colt golpearon contra el suelo.

Sherman se restañó la sangre de la boca con el dorso de la mano y luego fijó sus ojos en Rosh.

—Se ha portado bien, ingeniero.

—¿Quién de éstos es Malloy?

—Uno de los que acaba de matar, el rubio.

—No he visto a Johnny «El Limpio».

—Salió por la puerta de atrás en tu busca.

Aldo sintió un estremecimiento.

—¡Por todos los cielos, toma un revólver, Sherman! He de ir en busca de Nancy.

El ranchero atrapó un revólver de los que había en el suelo apuntando con él a los prisioneros.

Aldo corrió otra vez por la puerta, pero al instante se detuvo porque allí, en un lado de la casa, vio a Nancy y a Johnny «El Limpio».

El forajido sujetaba a la joven de tal forma que ésta le servía de escudo.

Los labios de Johnny «El Limpio» sonrieron.

—Hola, ingeniero.

—Déjala libre, Johnny —repuso Aldo apuntando con su cañón a la tierra.

—¿Por qué ingeniero? ¿Por qué había de dejarla, si me entusiasma estar muy cerca de ella?

Aldo sintió que las tripas se le revolvían.

—No quiero que le hagas daño, Johnny.

—Claro que no, ingeniero. Te prometo que no le haré ningún daño. Una chica como ella necesita mucho cariño y Johnny «El Limpio» sabrá darle todo el que merece… —El forajido rió mostrando su dentadura.

Aldo se dijo que de nada había valido todo lo que había hecho hasta entonces. Ahora, en el momento más inesperado, había surgido aquel hombre que se disponía a ejecutarle.

—Ingeniero.

—¿Qué quieres, Johnny?

—Llame a Sherman y dígale que venga aquí, pero lo quiero ver sin armas y usted ya puede tirar la suya al suelo.

Aldo titubeó unos instantes y Johnny gritó:

—¿Es que no me ha oído, ingeniero? Deje caer el revólver antes de que acabe con mi paciencia. —Johnny apoyó el cañón del Colt en la cabeza de Nancy.

Aldo arrojó el revólver fuera del porche.

Luego oyó unos pasos a su espalda y Sherman apareció sin ningún arma en la mano y detrás de él marchaban los dos pistoleros que habían recuperado sus revólveres y que ahora reían satisfechos.

Los ojos de Johnny «El Limpio» brillaron regocijados.

Johnny «El Limpio» ya se había desplomado en el suelo y estaba inmóvil.

Oyeron unos pasos por el otro lado de la casa y de pronto por la esquina apareció Ferd Nolan.

Nancy alzó también los ojos depositándolos en el hermano de Sherman.

Ferd tenía un revólver en la mano, el que había disparado contra Johnny «El Limpio». Se apoyó en el muro porque apenas tenía fuerzas para sostenerse y dijo con voz balbuciente:

—Usted se equivocó, ingeniero… Yo no estaba de acuerdo con Johnny «El Limpio»… Él vino aquí por su cuenta… Pero eso no sirve para justificarme… He sido un miserable… Lo siento, Sherman, lo siento…

Y tras pronunciar aquellas palabras se desplomó sin conocimiento en el polvo.

Aldo tendió la mano a Sherman, el cual la estrechó con calor.

—Nunca te olvidaré, ingeniero.

—Creo que yo tampoco —sonrió Aldo—. No he podido despedirme de tu hermano. Cuando he entrado en su habitación él dormía. Estoy seguro de que antes de una semana podrá corretear por «Los Álamos».

Sherman sacudió la cabeza.

—Espero que me escribas alguna vez. Sé que te convertirás en un hombre famoso antes de mucho tiempo.

—Gracias, Sherman. Yo también sé que este rancho será

conocido muy pronto en todo el país.

Seguidamente el joven salió de la casa.

Al pie del porche había dos caballos y uno de ellos lo montaba Nancy Hadden. La joven sonrió a Aldo mientras ésta saltaba a la silla.

—¿Todo arreglado, Aldo?

—Todo.

La joven le tendió la mano y él se la tomó y la apretó suavemente.

Luego cada uno tomó sus bridas y los caballos emprendieron un trote rápido alejándose del rancho.

Dentro de la casa, Sherman O'Brien gritó:

—¡Joshua!

Se abrió la puerta del despacho y apareció Joshua.

—Diga, patrón.

—Te vas a ir ahora mismo a San Silvestre. Quiero que le digas al señor Lorigan que vuelva a publicar el anuncio en ese diario de San Luis.

Joshua hizo un gesto de perplejidad.

—¿Otra vez… el anuncio… de que quiere casarse?

—¿Te importa a ti algo?

—¿A mí? No, señor.

—Pues entonces, anda y corre.

Joshua hizo un gesto afirmativo y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera, Joshua! —dijo Sherman y cuando el peón se hubo vuelto agregó—: Quiero que hagas una pequeña corrección en el anuncio.

—¿Sí? ¿Cuál?

—La mujer no ha de tener menos de treinta y cinco años.

Joshua empezó a sonreír, pero al ver el gesto de dureza que aparecía en el rostro de Sherman, se apresuró a salir de la casa.

FIN